

Paisajes prehispánicos Tardíos en San Juan Mayo (frontera Argentina - Bolivia)

 Axel E. Nielsen*, Carlos I. Angiorama**, Juan Maryański***, Florencia Ávila**** y M. Laura López*****

Recibido:
15 de noviembre de 2013

Aceptado:
30 de julio de 2015

Resumen

En el presente artículo, se tratan los cambios ocurridos durante el período prehispánico tardío en el paisaje de un sector de la cuenca del Río Grande de San Juan (sub-región San Juan Mayo, Provincia de Jujuy, Argentina-Departamento Potosí, Bolivia). La discusión se basa en el análisis de poco más de un centenar de sitios registrados mediante prospecciones sistemáticas en distintos estratos ambientales, en excavaciones realizadas en seis de estos sitios y en los resultados preliminares del estudio de los materiales recuperados. Se propone que ocurrió un cambio desde un paisaje centrado en la reproducción de grupos domésticos (lugares de vivienda circundados por huertos y áreas pastoriles) laxamente integrados, a uno formado por territorios supra-domésticos, con lugares funcionalmente diferenciados y separados entre sí (conglomerados residenciales, áreas agrícolas, cámaras en abrigos, etc.), pero integrados en el marco de estrategias económicas diseñadas en función del aprovechamiento de áreas extensas, a través de una fuerza de trabajo organizada a escala comunal. Esta porción del valle parece haber sido abandonada durante el Período Inka, para ser gradualmente re-poblada en época hispano-indígena. A partir de estos datos se evalúan hipótesis propuestas sobre el poblamiento multiétnico de la región.

Palabras Clave

Río Grande de San Juan
Arqueología del Paisaje
Arqueología del NOA
Período de Desarrollos
Regionales

Late Prehispanic landscapes in San Juan Mayo (Argentine-Bolivian border)

* CONICET - Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. 3 de Febrero 1378 (1426), Buenos Aires, Argentina. E-mail: axelnielsen@gmail.com

** CONICET - Instituto Superior de Estudios Sociales. San Lorenzo 429 (4000), Tucumán, Argentina. E-mail: carlosangiorama@gmail.com

*** CONICET - Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. 3 de Febrero 1378 (1426), Buenos Aires, Argentina. E-mail: juanmki@gmail.com

**** Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. 3 de Febrero 1378 (1426), Buenos Aires, Argentina. E-mail: florenciaavila@gmail.com

***** CONICET - División Arqueología, Museo de Ciencias Naturales. Paseo del Bosque s/n (1900), La Plata, Argentina. E-mail: mllopezdepaoli@yahoo.com

Abstract

Keywords

Río Grande de San Juan
Landscape archaeology
Archaeology of Northwest
Argentina
Regional Developments
Period

We discuss the changes that took place in the landscape of a portion of the Río Grande de San Juan basin (sub-region San Juan Mayo, Jujuy Province, Argentina-Department of Potosi, Bolivia) during the late pre-Hispanic period. The discussion is based on the analysis of more than one hundred sites recorded through systematic survey in different environmental strata, on excavations conducted in six residential sites, and on the preliminary results of the study of the assemblages recovered. We propose a shift from a landscape centered on the reproduction of loosely integrated domestic groups (houses surrounded by gardens and grazing areas), to one formed by supra-domestic territories, with functionally differentiated places (residential conglomerates, farming areas, chambers in rock shelters, etc.), separated from each other but integrated by economic strategies designed to take advantage of vast areas through a labor force organized at a community scale. This part of the valley seems to have been abandoned during the Inka Period, to be gradually repopulated during Spanish-Indigenous times. On the basis of these data, hypotheses concerning the multi-ethnic character of the region are evaluated.

El San Juan Mayo -Río San Juan en quechua- fue una de las primeras áreas de Argentina exploradas arqueológicamente. Gerling obtuvo allí interesantes colecciones a fines del siglo XIX (Ambrosetti 1902; Lehman-Nistche 1902) que motivaron a Muñiz Barreto a comisionar a Weisser (1919-21) para que explorara el valle. Allí documentó y excavó varios sitios, incluyendo cuevas con arquitectura chullpa, entierros, áreas de cultivo y asentamientos conglomerados (ver planos en Raffino 1988), todos ellos de cronología aparentemente tardía. Interesado en estos descubrimientos, Debenedetti visitó la zona en 1921, dedicando una monografía a las cámaras en abrigos rocosos que allí se encuentran (Debenedetti 1930). Pasaron cuatro décadas hasta que Krapovickas y Cigliano (1962) prestaron una visita al lugar, realizando algunas excavaciones y asignando sus antiguos habitantes a la cultura Yavi (*sensu* Krapovickas 1965). Este fue el último trabajo arqueológico de campo publicado sobre esta zona hasta 2007, cuando iniciamos los estudios cuyos primeros resultados se presentan en este artículo.

La falta de nuevas investigaciones en terreno no fue obstáculo para que la historia prehispánica tardía de San Juan Mayo continuara suscitando nuevas y más complejas interpretaciones. Krapovickas (1983), por ejemplo, matizó su planteo inicial que consideraba al Río Grande de San Juan (RGSJ) como territorio chicha, proponiendo que -el área de interés de este trabajo al menos- había sido un espacio multiétnico, ocupado por chichas y casabindos/cochinocas, los primeros representados por su distintiva alfarería (Yavi), los segundos por las tumbas en abrigos rocosos con estructuras de piedra. En la misma línea argumental, Fernández (1978) había propuesto que Calahoyo (45 km al este de San Juan Mayo) había sido ocupado por múltiples etnias desde el primer milenio después de Cristo (DC), basándose tanto en el hallazgo de vasijas de los grupos alfareros tempranos de Calahoyo, San Pedro Negro Pulido y López/Tarija Inciso, como en fuentes del siglo XVI que le sugieren a este autor la presencia de grupos Chichas, Atacamas y Lipes en la localidad.

La idea de que el RGSJ fue un espacio multiétnico, aún vigente entre los arqueólogos (Albeck 2001: 376; Angelo 2003: 17), hizo también eco entre historiadores¹; J. L. Martínez (1992), por ejemplo, lo consideró como un caso paradigmático al proponer su modelo de territorialidades interdigitadas en la puna árida. A la confusa multiplicidad de nombres y categorías de gentes y lugares que las fuentes escritas parecen relacionar con esta región, los historiadores agregaron otra importante razón para esperar una población culturalmente heterogénea en el RGSJ, a saber, la introducción por parte

1. Esto no es sorprendente, ya que la noción misma de territorios multiétnicos fue tomada por la arqueología de la etnohistoria (Murra 1975), desafiando la idea de espacios multiétnicos, marcados por la dispersión de una cultura, que predominaba en la imaginación arqueológica hasta ese momento.

del Inka de mitimaes de diverso origen (Canchis, Carangas, Qaraqaras, Soras, Yuras, Condesuyos, etc.), presuntamente con el propósito de reforzar la frontera contra los chiriguanos. Estos grupos parecen haber estado ubicados principalmente en el sector *hanansaya*, identificado con los chichas de Talina (Palomeque 2010: 15; Zanolli 2005: 64). A ello habría que sumar el traslado de numerosos contingentes chichas a otras partes del Tawantinsuyu, donde habrían servido como guerreros y mineros para el estado cuzqueño (Espinoza Soriano 1986).

Tomando en cuenta estos antecedentes, el San Juan Mayo ofrece una excelente oportunidad para explorar la historia de las poblaciones conocidas como “chichas” al momento de la conquista española, y en particular para evaluar arqueológicamente hipótesis alternativas referentes a las prácticas socio-territoriales circumpuneñas en distintas épocas prehispánicas. En este trabajo se discuten los primeros resultados de un proyecto diseñado con estas preguntas en mente y que tiene por objetivo último elaborar una historia del paisaje en la sub-región. En esta oportunidad, el análisis se circunscribe a los paisajes del período prehispánico tardío (1000-1650 DC)², ante todo porque es la época directamente relevante para abordar los temas reseñados, pero también porque la gran mayoría de las evidencias arqueológicas registradas corresponden a este lapso. El hallazgo de sitios con ocupaciones formativas y arcaicas en los sectores altos (geomorfológicamente más estables) muestra que la región tiene una larga historia anterior, pero los intensos procesos de remoción que actuaron y actúan en el ámbito del valle han ocultado casi por completo sus rastros, por lo que su estudio requerirá un abordaje diferente.

El trabajo se desarrolla en cuatro secciones. En la primera se explicitan los lineamientos teórico-metodológicos que orientan la investigación. Luego se caracteriza el contexto geográfico como marco de limitaciones y oportunidades para la acción. En la tercera parte se presentan algunos datos arqueológicos recogidos hasta el momento a través de prospecciones, excavaciones y análisis de materiales. En la última sección se discuten estos datos en relación a la organización espacial de las actividades, los significados de los lugares y la estructura social del paisaje en su conjunto a lo largo del lapso considerado.

Paisaje y lugar

Durante las últimas dos décadas, la arqueología ha utilizado al paisaje como principal herramienta teórica para analizar la espacialidad de la práctica a escala regional. Dada la popularidad de este concepto, sin embargo, existen hoy distintas arqueologías del paisaje (David y Thomas 2008), lo que justifica comenzar precisando el modo en que entendemos esta categoría y los pasos metodológicos a seguir en su aplicación. Pensado como el conjunto de relaciones entre gente y lugares que brinda el contexto para la acción (Thomas 2012: 182), el paisaje puede entenderse como la dimensión espacial de la estructura o *habitus* y, al igual que éstos, como condición y resultado de la práctica misma. Esta “dualidad del paisaje” invita a explorar la diversidad de acciones que reproducen el sentido práctico del espacio, teniendo en cuenta al hacerlo, tanto los mecanismos que gobiernan la fisicalidad de la gente y los lugares (los cuerpos y las cosas), como las contingencias inherentes al accionar de distintas personas y colectividades. Concebir la historia del paisaje como un proceso de estructuración requiere, a su vez, considerar la temporalidad de las prácticas y en particular las relaciones entre espacialidad y memoria que dan cuenta de cómo gravita el pasado en el uso y significado de los lugares.

Desde el punto de vista del sujeto, los paisajes se viven como itinerarios regulares puntuados por lugares, nodos que se desempeñan como escenarios de actividad y

2. Esta categoría cronológica es necesaria porque en muchas partes del sur andino la cultura material de uso cotidiano no experimentó grandes cambios durante este lapso, a pesar de las transformaciones sociales que acompañaron la conquista incaica y luego española. Cuando sea pertinente se hará referencia a los períodos más acotados que incluye, a saber, Desarrollos Regionales temprano (1000-1250) y tardío (1250-1450), Inka (1450-1540) e Hispano-Indígena (1540-¿1650?).

unidades de experiencia (Casey 2008: 44; Ingold 1993). Las personas desarrollan con los lugares relaciones que son simultáneamente instrumentales, significativas y sociales. Instrumentales porque los lugares ofrecen los recursos materiales necesarios para la realización de actividades. Significativas, porque proveen los contextos inmediatos en los que la experiencia y la acción cobran sentido, pero también porque su naturaleza se define en relación a los demás lugares del paisaje. Finalmente, son fenómenos sociales porque la apropiación de los lugares, de los recursos que en ellos se encuentran y de los poderes asociados, es siempre negociada con otros agentes situados, humanos o no. Esto pone de relieve, tanto la dimensión política del paisaje, atravesado siempre por el poder (Bender 1993), como su carácter “religioso” (Nielsen et al. 2015) o “sagrado”, en la medida en que –con la posible excepción de los espacios desencantados de la modernidad– los paisajes están invariablemente poblados de personas no humanas.

Dada la densidad de este concepto, la metodología para la reconstrucción arqueológica de paisajes debe integrar múltiples tácticas y técnicas, a menudo desarrolladas en distintos momentos de la historia de la disciplina y bajo diversos programas teóricos. Desde el punto de vista lógico comprendería cuatro etapas centradas en: (1) la fisicalidad del ambiente, entendida como marco de limitaciones y oportunidades para la acción; (2) la distribución de las evidencias arqueológicas (el paisaje arqueológico *sensu* Rossignol y Wandsneider 1992) y la identificación de *loci* o “escenarios” (*settings* en términos de Rapoport 1990: 12), tanto locales como extra-locales referenciados por esas evidencias; (3) la reconstrucción de actividades y su distribución en distintos escenarios y (4) la interpretación de lugares y paisajes, así como sus cambios a través del tiempo, a través de la consideración de los significados y la socialidad implicados en estos escenarios y prácticas.

Por cierto, en el curso de la investigación esta secuencia se retroalimenta continuamente. A medida que se profundiza el conocimiento de los lugares, por ejemplo, elementos o cualidades de los sitios ignorados en un comienzo se muestran como recursos significativos para la acción, mientras que ciertos rasgos topográficos pueden revelarse como personas no-humanas de importancia para entender las redes sociales locales.

El marco geográfico

Llamamos “sub-región San Juan Mayo” –apelando al nombre que tomaron del quechua los primeros arqueólogos– a la porción de la cuenca del RGSJ demarcada por dos accidentes fisiográficos del colector principal que impiden la circulación por el fondo del valle y, por lo tanto, afectaron indudablemente los fenómenos de interacción/integración de sus habitantes (Figura 1). Por el sur, tomamos como límite el lugar donde el río sale de un estrecho y sinuoso cañón y se encuentra con la quebrada de Cabrería (3500 msnm), por el norte, donde vuelve a encañonarse, cerca de la localidad de Valle Rico (3300 msnm). En este tramo, el San Juan fluye de sur a norte a lo largo de una profunda falla interpuesta entre la Cordillera de Lípez (Bolivia) y la Puna de Santa Catalina (Argentina). Incluimos también a esta última zona, puesto que se encuentra dentro del radio logístico de los habitantes del valle, es decir, entre media y una jornada de marcha desde el Río Grande, aproximadamente.

Las variaciones en la oferta de recursos dentro de la sub-región se presentan como resultado de la combinación de diferencias de altitud (3300–5500 msnm), pendiente, condiciones de exposición del terreno y naturaleza del substrato geológico, principalmente. A los fines del análisis, cabe sistematizar esta diversidad en cuatro zonas o unidades ambientales (quebradas, piedemonte, serranía y puna) que, en

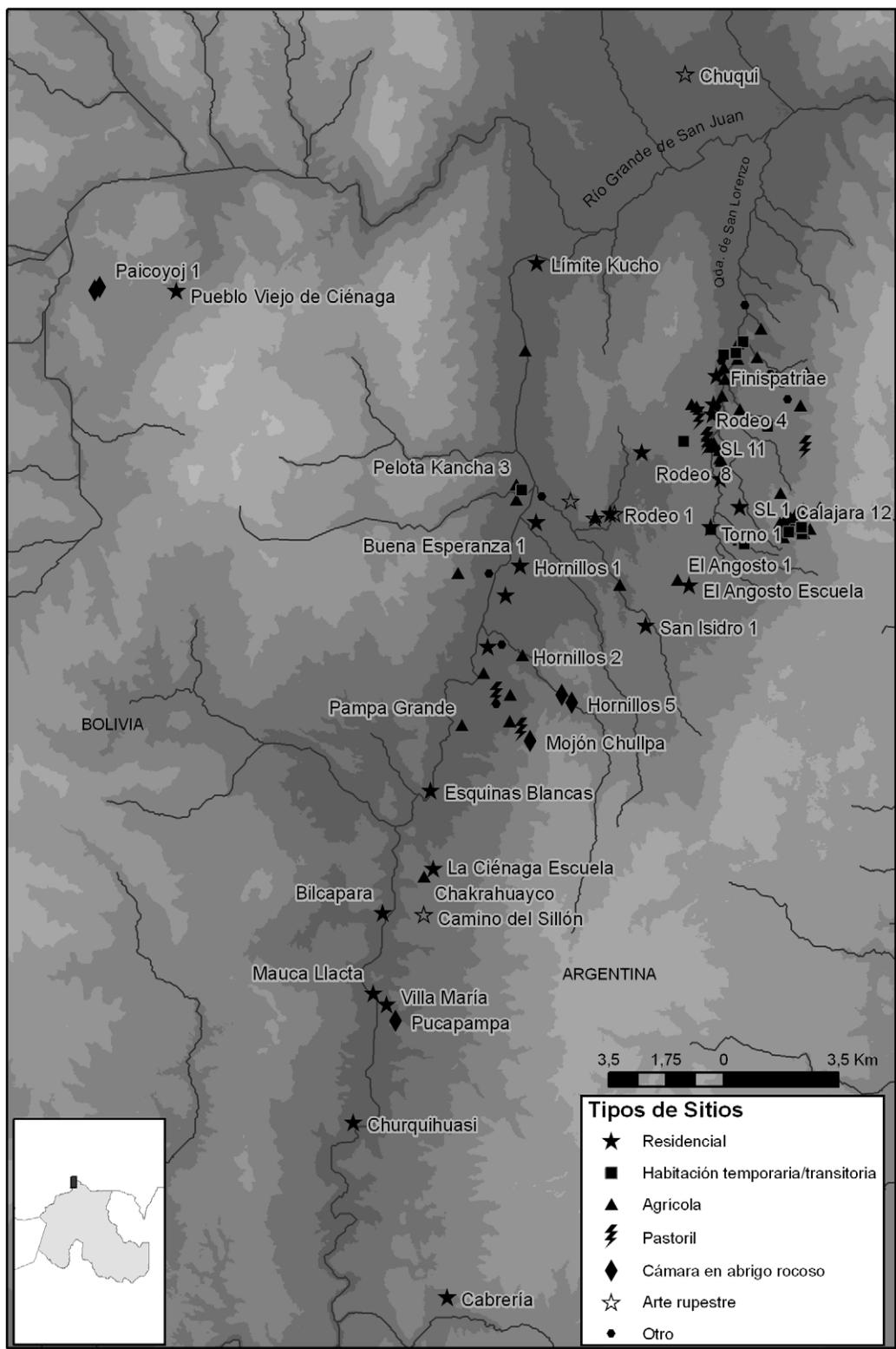


Figura 1. Subregión San Juan Mayo con sitios registrados.

principio, ofrecerían distintas posibilidades para el aprovechamiento humano y que fueron tomadas como estratos de muestreo en la prospección (Figura 2). A continuación se caracterizan brevemente, tomando nota de algunas variaciones en ellas que podrían ser significativas para la actividad humana.



Figura 2. Corte topográfico de la Subregión San Juan Mayo.

Quebradas. Comprenden los cauces, terrazas y laderas bajas adyacentes a los principales drenajes situados entre 3300 msnm -cota inferior en esta porción de la cuenca- y 3800 msnm. Son los espacios más aptos para la ocupación humana por ofrecer tierras abrigadas, relativamente planas y fáciles de irrigar, por lo que actualmente son las principales áreas de habitación y cultivo, sin excluir ocasionalmente al pastoreo. Sin embargo, están sometidos a intensos procesos erosivos, principalmente de origen pluvial, lo que dificulta la preservación o visibilidad de las evidencias arqueológicas. Factores que condicionan el potencial de las distintas quebradas para la ocupación humana incluyen: (1) el carácter de los cursos de agua, a saber, volumen, número, distribución, salinidad y temporalidad (permanentes, temporarios u ocasionales); (2) la amplitud, que suele determinar la presencia o extensión de terrenos planos aptos para el asentamiento y para el uso de ciertas técnicas de cultivo; y (3) la altitud, que condiciona las comunidades vegetales y por lo tanto las actividades productivas. La vegetación de quebradas comprende bosques de churqui (*Prosopis ferox*) y formaciones de cactus columnares alternadas con arbustos o *tolas* (*Parastrephia, baccharis*). Un importante recurso que se encuentra aquí, en los lechos de los ríos o en depósitos adyacentes, es el oro aluvial, que le han ganado al colector principal de la cuenca su nombre más común en Bolivia, Río San Juan del Oro.

Piedemonte. Entre el cañón del Río Grande y las abruptas laderas de la Sierra de Eureka, que separa al valle de la puna de Santa Catalina, se interpone una faja pedemontana alta (3500-3800 msnm) y relativamente nivelada, disectada por numerosas quebradas y lechos de escurrimiento poco profundos. La vegetación alterna praderas arbustivas, o tolares, con bosques de churqui, mientras que en los bordes de esta zona, donde se encuentra con la serranía o con afloramientos rocosos que reducen la permeabilidad del sustrato, se encuentran vertientes y vegas con su vegetación distintiva. El pastoreo es la principal actividad productiva actual en esta unidad, aunque donde aflora el agua se encuentran viviendas y cultivos. La Ciénaga y El Angosto -los principales caseríos modernos del lado argentino- se ubican en el borde occidental de este piedemonte, aunque se trata de un paisaje reciente, asociado al establecimiento de escuelas y otras agencias estatales que requieren comunicación vehicular con la cabecera departamental en la Puna.

Serranía. Agrupamos en esta amplia categoría a gran parte del accidentado terreno de la subregión, particularmente hacia el oeste y noroeste del colector principal, donde las estribaciones meridionales de la cordillera de Lipez alcanzan alturas superiores a los 5000 msnm. Incluimos también la Sierra de Eureka, que separa el valle de la puna de Santa Catalina. Las serranías ofrecen oportunidades para la caza y recolección

(p.ej., bosquesillos de *Polylepis* sp. en rincones abrigados), el pastoreo, la minería y son pasos obligados entre San Juan Mayo y áreas vecinas, como el Altiplano de López, la Región Lacustre Altoandina o la Puna de Jujuy.

Puna. La puna de Santa Catalina, con alturas que oscilan entre 3700 y 4000 msnm, representa el confín noroccidental de la Puna de Jujuy. Como es sabido, se trata de un ambiente ideal para la ganadería, particularmente en verano, ya que desarrolla pastos estivales de alto valor nutritivo para el ganado y cuenta con vegas, donde es común encontrar viviendas pastoriles actuales. Se trata además de un espacio favorable para la caza de camélidos y roedores, al tiempo que posee importantes recursos metalíferos, principalmente oro en depósitos aluviales, pero también cobre.

Las evidencias arqueológicas

Estrategia de Recolección de Datos y Trabajos Realizados

Luego de ubicar la mayoría de los sitios registrados por anteriores investigadores (Debenedetti 1930; Krapovickas y Cigliano 1962; Weisser 1919-21), se iniciaron prospecciones utilizando las unidades geográficas recién definidas como estratos de muestreo. La estrategia que se está implementando contempla prospecciones pedestres intensivas de las principales quebradas, de áreas de 1 x 1 km distribuidas regularmente a lo largo del piedemonte, de transectas a través de distintas áreas de las serranías y de prospecciones dirigidas en las localidades mineras históricamente conocidas de la puna adyacente (p.e. San Francisco, Coripampa, El Torno, Eureka, Oratorio, Timón Cruz, etc.). Con el propósito de ir anticipando la diversidad de sitios presentes, estas labores se complementan con reconocimientos asistemáticos y con asistencia de guías locales, permitiendo así ajustar el diseño de prospección a la situación local.

Los sitios encontrados -todo hallazgo de, al menos, una estructura o concentración de artefactos- se documentaron según los protocolos habituales en estos casos, p.ej., posicionamiento geográfico, croquis, fichado, registro fotográfico, recolecciones superficiales, etc., y se clasificaron en categorías amplias según criterios cronológicos y morfo-funcionales. La clasificación puso énfasis en “módulos” funcionales, conjuntos de indicadores (arquitectura, localización, estructura interna, desechos asociados) que remiten a una actividad o conjunto de actividades asociadas a un *locus*, p.e., habitación permanente o temporaria, eventos públicos, agricultura, pastoreo, descanso en ruta, vigilancia del ganado, arte rupestre, ritos, etc. Puesto que muchos sitios poseen más de un módulo y en distintas combinaciones, se asignó cada uno a un “tipo” en base a lo que se interpretó como el módulo primario (el tema que regía el programa de actividades durante la ocupación), tomando nota además de los módulos secundarios que revelarían otras actividades espacialmente asociadas con aquellas. De este modo se buscó dar cierta flexibilidad a la tipología para mostrar la variabilidad que caracteriza a la espacialidad, en la que es común que el mismo *locus* sirva a distintos fines y que algunas actividades (p.e., la habitación temporaria) convivan con otras (p.e. el cultivo en áreas distantes de las bases residenciales) en los mismos lugares. Por cierto, esta tipología debe ser continuamente revisada a la luz de nuevos datos de excavación y análisis de materiales.

A largo plazo, el plan contempla la excavación de ejemplos de sitios y módulos de distinta funcionalidad para cada época y el análisis de las diversas líneas de evidencia así recuperadas, de modo de poner a prueba las interpretaciones iniciales basadas en la observación superficial y obtener información para precisar la actividades desarrolladas en cada escenario, su organización interna y su vinculación con

Tipos de sitio (módulo principal)	N	Módulos secundarios							
		ninguno	espacio público	habitación temporal	agrícola	pastoril	arte	inhumación	vía
Residencial	23	11	5		7	4		2	1
Habitación temporal	16	12					2		2
Agrícola	53	37		14					2
Pastoril	6	1		5					1
Cámaras en abrigos	6	6						1	
Arte rupestre	4	2		1					1
Apacheta	1	1							
Indeterminado	10	10							
Total	119								

Tabla 1. Tipos de sitio.

otros escenarios, locales o no. Sobre esta base, se busca ir definiendo o refinando la comprensión de los paisajes y su historia en la larga duración.

Hasta el momento el trabajo sistemático ha avanzado considerablemente en la prospección de la amplia superficie ocupada por las quebradas, sobre todo en las más septentrionales (microrregión El Angosto) y en la exploración de las localidades mineras puneñas, mientras que recién comienza la prospección de unidades en el piedemonte. Cabe notar, sin embargo, que se han documentado sitios en todas las zonas ambientales gracias a la asistencia e información proporcionada por los vecinos. Las excavaciones hasta ahora incluyen sondeos exploratorios en sitios residenciales (Bilcapara, San Isidro, Finispatriae, San Lorenzo 1, 2 y 17) y, en menor grado, agrícolas (Zaratarkuna).

Los sitios y su distribución

La muestra considerada comprende poco más de un centenar de sitios que se clasificaron en siete categorías morfo-funcionales (Tabla 1, Figura 1). Los sitios *residenciales* se encuentran próximos a fuentes de agua permanente y tierras cultivables, poseen arquitectura substancial y desechos en abundancia y diversidad como para inferir que fueron habitados en forma relativamente permanente. Varían desde conjuntos de recintos aislados, asimilables a una casa (Rodeo 1, Buena Esperanza 1), pasando por “semi-conglomerados” con dos o más de estos conjuntos próximos entre sí (San Lorenzo 1 y 2, Mauca Llacta), hasta conglomerados con numerosas viviendas apiñadas, como Finispatriae (5,5 ha), Cabrería (2 ha), San Isidro (1,6 ha), Bilcapara (1,2 ha) y Churquihuasi (0,5 ha). Otras actividades a veces presentes en estos sitios, además de la habitación permanente que los define, son la congregación pública (plazas), la inhumación (en fosas o cistas situadas dentro o cerca de las casas), el encierro de animales (corrales) y la agricultura, indicada por andenes o melgas que se encuentran en la periferia de las áreas de vivienda, sin que exista solución de continuidad entre ellas. Los recintos son de formas cuadrangulares o irregulares, con muros que conjugan en su construcción la tierra (adobe o tapia) y la piedra sin cantear asentada con mortero. La tierra predomina en esta combinación de materiales, lo que torna difícil definir actualmente la traza arquitectónica desde la observación superficial exclusivamente. Estos asentamientos se encuentran preferentemente en terrazas aluviales altas, morros u otros relieves elevados respecto a los lechos de los ríos.



Figura 3. Melgas de Pampa Grande.

Habitación temporaria/transitoria se refiere a estructuras aisladas o más precarias (abrigos naturales, paravientos o recintos expeditivamente construidos, de muros simples sin argamasa y poca altura), con menor cantidad de desechos. Probablemente se trate de lugares ocupados durante períodos más breves (días o semanas) y en función de otras actividades, como el pastoreo y o el cultivo, a juzgar por las características de los módulos secundarios asociados. Se emplazan en diversas geoformas y zonas ambientales. Una mención especial corresponde a los sitios de habitación transitoria asociados a vías interregionales. Se trata de dos casos situados en la puna, Los Morritos -aparentemente una *jarana* o paradero de caravanas tardío con arte rupestre asociado- y el Tambo de Santa Catalina, una instalación vial inkaica próxima a la localidad homónima.

Los sitios agrícolas son muy frecuentes en los fondos de valle y quebradas con fuentes de agua y comprenden seis tipos de rasgos en diversas combinaciones. Los montículos de despedre son acumulaciones de cascajos generadas durante la limpieza de los campos, por lo general de forma elongada en el sentido de la pendiente. Las melgas son recintos de cultivo definidos por muros simples de piedra, a veces formando cuadros mayores delimitados por muros más sólidos (dobles) o bordos, invariablemente situados en terrenos a nivel, especialmente en terrazas fluviales bajas (p.e. Pampa Grande, Figura 3). Donde la erosión ha expuesto en corte estas estructuras, se advierte que los muros simples poseen varias hiladas bajo tierra, mostrando que se trata de una técnica de manejo de los suelos y el riego en profundidad. Los andenes, en cambio, son superficies niveladas angostas (1-2 m en el sentido de la pendiente) sostenidas por muros simples de hasta un metro de altura, ubicados en pendientes pronunciadas, como las laderas de las quebradas. Melgas y andenes representan formas de acondicionar superficies de distinta pendiente para el cultivo, por lo que suelen asociarse, formando áreas agrícolas que se extienden sin solución de continuidad desde las terrazas fluviales bajas (melgas) hasta las laderas de las quebradas (andenes). Ocasionalmente se advierten todavía los canales que alimentaban estos campos, visibles como ligeras

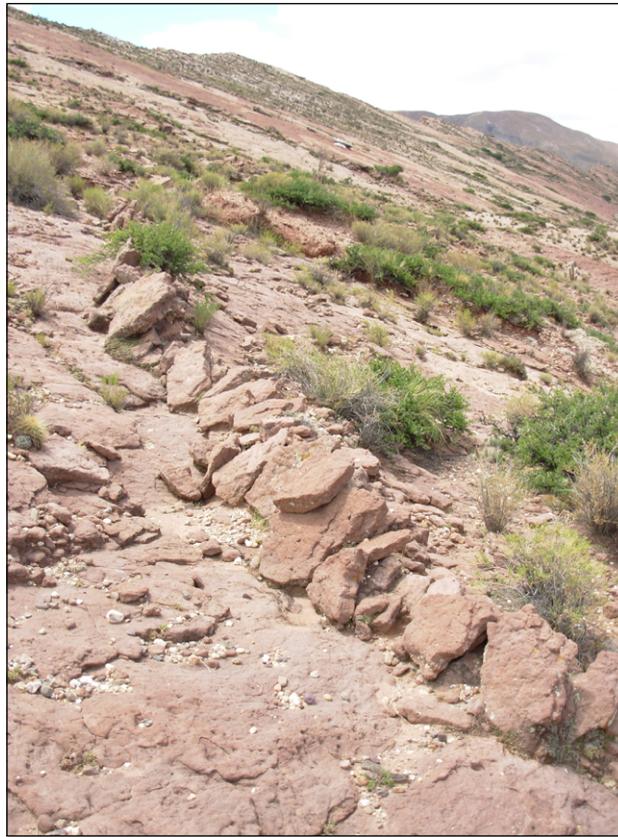


Figura 4. Colector de agua en San Lorenzo 4.

depresiones lineales de coloración diferente (por la remoción del sedimento) que acompañan a las curvas de nivel. Las represas son muros de piedra doble, a veces con relleno y refuerzo en terraplén del lado interno, que cierran estrechamientos naturales del terreno asociados a drenajes naturales y geoformas donde es posible acumular agua temporariamente luego de las lluvias. En San Lorenzo, varias represas se ubican contra los estratos de arenisca en pendiente que limitan la quebrada por el oeste, de modo de acumular el agua que escurre por la roca durante las lluvias. Para potenciar este aporte, se han construido además, en distintos puntos del afloramiento, muros bajos a modo de trabas o colectores que encauzan el escurrimiento hacia las represas (Figura 4). Algunos sitios agrícolas poseen también recintos dispersos asociados a concentraciones de desechos que podrían interpretarse como refugios, registrados como módulos secundarios para habitación temporaria. En algunos casos se observan antiguas vías en faldeo que comunican sectores agrícolas, permitiendo la circulación entre ellos aún cuando los lechos de los ríos se encuentran inundados, como sucede frecuentemente en el Río Grande durante el verano.

Se clasificaron como pastoriles a sitios formados por uno o más corrales con refugios asociados (San Lorenzo 7, Rodeo 4) y también a parapetos aislados en relieves positivos de considerable visibilidad y asociados a cerámica tardía, interpretados como refugios diurnos para vigilancia del ganado (Mojón 2), un tipo común de escenario pastoril que ha sido caracterizado etnoarqueológicamente en Lípez (Nielsen 2000). Algunos asentamientos residenciales (San Lorenzo 2) poseen estructuras de gran tamaño que pudieron servir para encerrar animales; tentativamente se consignaron estos rasgos como módulos secundarios pastoriles (corrales).

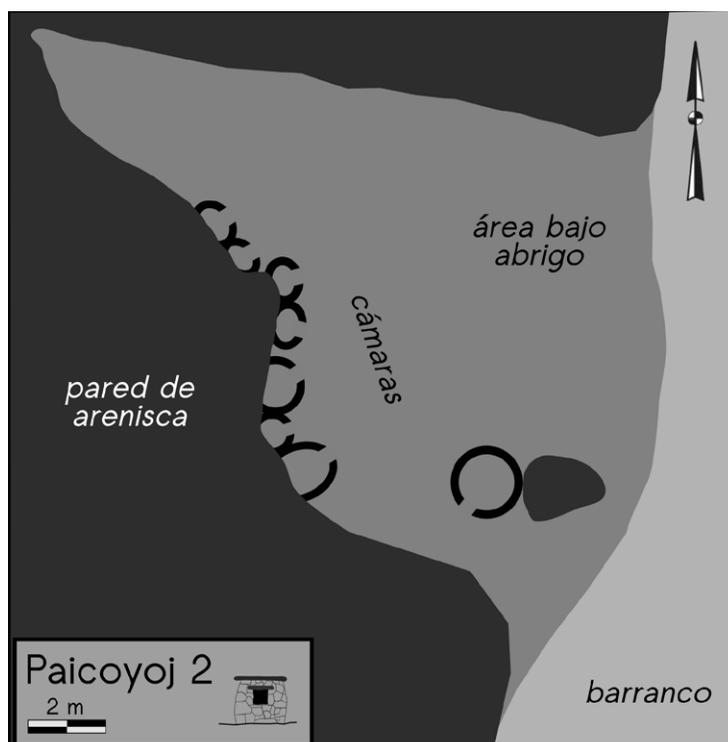


Figura 5. Planimetría de Paicoyoj 2.

Cámaras en abrigos son estructuras de planta circular o irregular, construidas con muros simples de piedra con mortero, techo de paja y barro sostenido con madera de queñoa y cardón, y un vano para acceder a su interior de medidas regulares cercanas a 40 cm x 40 cm. Se las encuentra aisladas o en grupos, erigidas en abrigos naturales generalmente formados en las areniscas rojas tan comunes en el valle (Figuras 5 y 6). Estos sitios, asociados a ambientes de quebradas, fueron descritos como “chullpas en cavernas” por Debenedetti (1930), quien les atribuyó una función funeraria, aunque sin evidencias concluyentes. Weisser consigna varios de estos grupos de “casitas” -como les llaman hasta hoy en el lugar—sin encontrar restos humanos en ninguno de ellos (1919-21). Tampoco hemos registrado restos humanos en estas estructuras, aunque en dos oportunidades observamos maíz. Weisser y Debenedetti descubrieron inhumaciones en cuevas, a veces protegidas con muros, pero no dentro de las cámaras con vanos que parece haber sido usadas fundamentalmente para almacenaje.

El arte rupestre consiste en grabados, exclusivamente, y se ubican en vías naturales que comunican el Río Grande con la faja pedemontana. Los diseños de El Sillón (Krapovickas y Cigliano 1962) comprenden camélidos, antropomorfos y motivos no figurativos que se asemejan a los plasmados en pintura negra en las vasijas del estilo Yavi-Chicha. Camélidos y antropomorfos -que suponemos de data prehispánica- aparecen también en Pojcho Cueva y Rodeo 2, donde se presentan junto a numerosas cruces. Peña de las Cruces, en cambio, posee sólo motivos posteriores a la conquista, cruces e iglesias, plasmadas en dos sectores de un afloramiento de arenisca que forma una angostura en la quebrada de San León.

Se registró también una *apacheta* o mojón con desechos prehispánicos (una hoja de azada en andesita, cerámica). Se encuentra aislada en una terraza alta al norte de Finispatriae, operando tal vez como lugar de ofrenda y/o como marcador de paisaje.



Figura 6. Cámaras en la cueva de Paicoy 2.

Por último, la categoría *indeterminados* abarca concentraciones de artefactos prehispánicos aisladas o en áreas de ocupación actual. No se avanzan interpretaciones funcionales o cronológicas sobre estos sitios por falta de elementos de juicio suficientes.

Cronología

Con la excepción de algunos tiosos de aspecto formativo, instrumentos líticos arcaicos recuperados en superficie y un alero aparentemente ocupado durante estas épocas tempranas (Llama Cueva), las evidencias registradas parecen corresponder al segundo milenio de la era, principalmente al Período de Desarrollos Regionales. Esta apreciación se ve corroborada por las 15 dataciones radiocarbónicas obtenidas de seis sitios habitacionales. El único testimonio de una presencia Inka efectiva es el Tambo de Santa Catalina, en la puna, mientras que el único elemento de filiación Inka registrado hasta ahora en el valle es un fragmento de plato con asa ornitomorfa encontrado en la superficie de Rodeo 8, un sitio residencial.

La época colonial, en cambio, está representada en todas las unidades ambientales, pero principalmente en la puna, a través de las explotaciones de oro (p.e. Minas Azules, San Francisco, Coripampa, El Torno, Tagarete, Oratorio, etc.). Algunas de ellas parecen tener componentes prehispánicos, pero no hay por ahora elementos suficientes para precisar su antigüedad. En el valle del Río Grande los indicios de ocupaciones coloniales tempranas incluyen, además de los motivos de cruces e iglesias en el arte rupestre, restos de fauna europea (cabra/oveja y vaca) recuperados cerca del piso de ocupación de un recinto

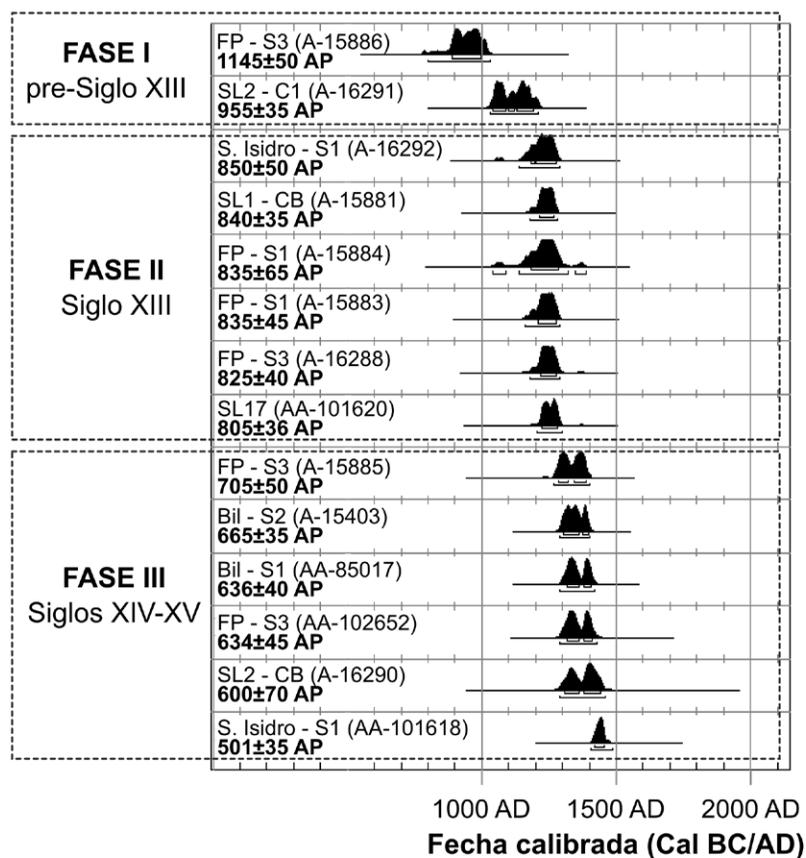


Figura 7. Fechas radiocarbónicas para la Sub-Región San Juan Mayo.

excavado en uno de los complejos residenciales de San Lorenzo 1. Puesto que otros elementos no delataban la cronología post-contacto del depósito, es preciso considerar que algunos de los demás sitios tardíos podrían tener componentes de esta época.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de excavaciones en sitios residenciales, permiten ensayar una primera subdivisión del Período de Desarrollos Regionales local en tres fases (Figura 7). Para entender las implicancias de esta cronología en relación a la historia del paisaje, es preciso considerar algunos datos de los contextos fechados. En Finispatriae se excavaron unidades de 2 x 1 m en dos áreas de descarte. El Basurero 1, situado en el extremo sur del sitio, reveló 1,5 m de desechos estratificados que pueden dividirse en tres componentes con diferentes ritmos de depositación, aparentemente relacionados con distintas etapas en el desarrollo del poblado. El componente A (inferior), con una fecha inicial de 1145±50 AP, contiene escasos desechos en una matriz arenosa compacta, testimonio de una acumulación lenta en la que predominan los aportes naturales. El componente B posee una matriz cenicienta-carbonosa y una alta densidad de desechos que revelan un incremento significativo en el ritmo de descarte, asociados a una datación de 825±40 AP³. La intensidad de los aportes antrópicos disminuye ligeramente en el componente C, cuyo rango de antigüedad está marcado por una fecha inferior de 705±50 AP (a 45 cm de profundidad) y una casi final de 634±45 AP (10 cm). El Basurero 2, en cambio, más al centro del asentamiento, es un depósito de 65 cm de espesor con una alta concentración de desechos, carbón y ceniza cuya base y tope dieron fechas radiocarbónicamente contemporáneas (835±65 y 835±45 AP respectivamente), indicando una acumulación rápida contemporánea con el componente B del Basurero 1. Podría interpretarse, entonces, que un asentamiento relativamente pequeño ubicado al sur del sitio -representado en el componente A del basurero 1- creció dramáticamente

3. Una muestra tomada de un nivel más profundo en este componente fechó en 700±40 AP (A-16289). Aunque las dos dataciones calibradas a 2 se superponen 10 años (siendo posible que sean radiocarbónicamente contemporáneas), parecería haber una inversión en la antigüedad de estas muestras que, sin embargo, no cambia significativamente la atribución cronológica del componente B (siglo XIII).

en el siglo XIII (calibrado), llegando eventualmente a cubrir toda la terraza y parte de las adyacentes hacia el sur y norte, siendo abandonado en algún momento del siglo XIV o XV. No se observaron indicios de la presencia Inka en el sitio.

Otro conglomerado datado es San Isidro. Se realizó un sondeo junto a un recinto amplio que podría ser una plaza, exponiendo una serie de estructuras, pisos y desechos superpuestos. La superficie de ocupación más profunda (contemporánea o ligeramente posterior a la construcción del recinto público) fechó en 850 ± 50 AP, mientras que para la última (abandono del sector) se obtuvo un resultado de 501 ± 35 AP. Futuras excavaciones determinarán si hay sectores más antiguos en el sitio, pero lo investigado indica un inicio contemporáneo al momento de crecimiento de *Finispatriae* y también un abandono durante la primera mitad del siglo XV.

El tercer conglomerado excavado es Bilcapara. El nivel superior de un basurero de 30 cm acumulado contra el muro perimetral de lo que podría ser una plaza (sondeo 2), arrojó un resultado de 665 ± 35 AP. Por su parte, la datación por AMS de los restos óseos de una mujer adulta inhumada de forma directa en una fosa circular cerrada con una tapa de lajas sostenidas por una viga de *Prosopis* sp. en la esquina de un patio y acompañada por un pequeño colgante discoidal de oro, cuentas de collar de concha y tres vasijas Yavi/Chicha, fue de 636 ± 40 AP. No hay elementos para establecer el inicio de ocupación del sitio, pero resulta claro que estaba en plena actividad –espacio público incluido– en el siglo XIV.

Otros dos sitios datados están formados por conjuntos arquitectónicos (“complejos”) discretos y próximos entre sí, probablemente viviendas; cinco o seis en San Lorenzo 1 y tres o cuatro en San Lorenzo 2. En el complejo 2 de San Lorenzo 1, muestras de carbón tomadas del fogón en la única superficie de ocupación de un recinto que estuvo techado dieron una fecha de 840 ± 35 AP. Cerca del piso de un recinto otrora techado del complejo 1, en cambio, se recuperaron los restos de fauna europea anteriormente mencionados, lo que demuestra su ocupación en tiempos post-contacto. Los dos complejos sondeados en San Lorenzo 2 también demostraron haber sido utilizados en épocas diferentes. El carbón del único fogón encontrado en uno de ellos (complejo 2) fechó en 955 ± 35 AP, mientras que en el otro (complejo 1) se encontró un techo de paja quemado sobre el piso, evento que marcaría el abandono de la vivienda y cuya datación fue de 600 ± 70 AP.

La última datación procede de San Lorenzo 17, un área residencial que ha sido parcialmente perturbada por una vivienda actual, por lo que es difícil determinar si se trata de una serie de viviendas como los sitios anteriores, o un pequeño conglomerado. Se fecharon por AMS los restos óseos de un hombre adulto que había sido enterrado en forma directa junto a tres vasijas de estilo Yavi-Chicha (una escudilla alisada y dos cántaros rojos pulidos), un collar con 2.200 cuentas de concha y una vincha de oro. El resultado de la datación fue 805 ± 36 AP.

Combinando los datos hasta aquí reseñados, se propone un esquema cronológico preliminar que contempla tres fases para los Desarrollos Regionales en la sub-región (Figura 7). Durante la Fase I (pre-1200 cal DC) las quebradas se encuentran ocupadas por viviendas dispersas, la Fase II (1200-1300 cal DC) corresponde al período de redistribución de la población y formación de los conglomerados. La Fase III (1300-1450 DC) corresponde a la estabilización de un nuevo paisaje, donde la gente continúa viviendo en conglomerados, pero también habita conjuntos arquitectónicos relativamente aislados, como el complejo A de San Lorenzo 2, aunque falta investigar si estas ocupaciones son permanentes o corresponden a usos temporarios por parte de grupos que residen el resto del año en grandes poblados. Al promediar el siglo XV, los sitios investigados parecen haber sido abandonados, conclusión que podría generalizarse al ámbito del valle en su conjunto, teniendo en cuenta la escasez de elementos de filiación o época Inka.

	Alisado	Monocromo			Policromo	Total
		rojo	ante	morado	morado/ ante	
Accesibles indiferenciados	61	40	34	38	17	190 (20)
Escudillas	38	18	16	32	37	141 (15)
Fuentes	7	4	3	3	8	25 (3)
Contenedores indiferenciados	80	146	96	171	18	511 (54)
Cántaros	30	12	7	19	7	75 (8)
Botellas	-	2	1	-	-	3 (<1)
Total	216 (23)	222 (23)	157 (17)	263 (28)	87 (9)	945 (100)

Tabla 2. Frecuencia de tipos morfo-funcionales y acabado de superficie en recolecciones cerámicas representativas (indiscriminadas) de 14 sitios de la sub-región (nueve habitacionales; cinco agrícolas).
Nota: entre paréntesis se consignan los porcentajes del total.

Primeros resultados del análisis de materiales

A continuación se presentan esquemáticamente algunos datos que surgen del análisis de los materiales de superficie y excavación que contribuyen a pensar la organización del paisaje y sus cambios a lo largo de esta secuencia.

En concordancia con lo observado por Krapovickas y Cigliano (1962) en la localidad de La Ciénaga, los conjuntos cerámicos, tanto de superficie como de excavación, se ajustan cabalmente a las características del grupo Yavi-Chicha registrados en otras áreas del Río Grande de San Juan, como Yavi Chico, el altiplano de Sama o las quebradas de Estarca y Talina (Angelo 2003; Ávila 2011; Beierlein 2009; Krapovickas y Aleksandrowicz 1990; Raffino *et al.* 1986). Comprenden todas las formas características de este estilo, como contenedores con bases cónicas, cántaros con cuello inflexo, pequeñas botellas con asas asimétricas, escudillas con inflexión pronunciada en sus bordes, fuentes, etc. (Ávila 2009). También se presentan los mismos acabados de superficie (alisado, con impresiones textiles y pulidos), patrones cromáticos (ante, rojo, morado y morado sobre ante) y diseños pictóricos en negro desleído sobre cualquiera de los tres colores de engobe (Tabla 2). La comparación de la frecuencia de clases morfo-funcionales (escudillas, fuentes, cántaros/ollas, botellas) en recolecciones superficiales realizadas en nueve sitios residenciales y cinco agrícolas muestra una notable semejanza en la composición de las vajillas presentes en las viviendas y en las áreas de cultivo.

Sólo dos de los fragmentos de superficie analizados pertenecen claramente a otros estilos alfareros (aparte del tiesto Inka). Uno es del grupo Casabindo tardío y proviene de San Lorenzo 1; el otro es Yura y se encontró en La Ciénaga Escuela. Entre los materiales reunidos por Weisser que pudieron ser examinados en las colecciones del Museo de La Plata, se encuentra además una escudilla Humahuaca negro sobre rojo.

La materia prima lítica más frecuentemente usada en la talla es el sílice⁴ gris, seguido por la obsidiana y, con menor frecuencia los sílices de color (blanco, ocre, rojo, castaño, etc.), basalto, andesita y cuarcita, siendo esta última la única de estas rocas presente en el valle. Los instrumentos líticos más frecuentes son las palas (confeccionadas en andesita) y las puntas de flecha (pedunculadas y de limbo triangular), seguidos por preformas, algunos cuchillos (de filo recto o ligeramente convexo, simples o dobles) y lascas retocadas (Tabla 3).

4. Hasta contar con los estudios petrográficos necesarios para caracterizar adecuadamente estas rocas (calcedonias, ópalos, etc.), empleamos el término genérico de "sílice" para referirnos a materiales síliceos, de textura homogénea, grano fino y excelentes propiedades para la talla, diferenciándolos fundamentalmente por su color.

Depósito	Sílice gris			Sílice de color			Obsidiana			Cuarcita			Basalto			Total
	instrumentos punta	cuchillo	des./ núcleo													
Finispatriae - S1	10	-	116	-	-	6	-	-	16	-	-	-	-	-	-	148
Finispatriae - S3	8	1	263	-	-	17	-	-	37	-	-	-	-	-	-	330
San Isidro - S1	-	-	5	-	-	1	-	-	1	-	-	-	-	-	3	14
San Isidro - S2	2	-	41	-	-	-	-	-	3	-	-	-	-	1	2	49
San Lorenzo 1 - CB	1	-	9	1	-	1	-	-	1	-	-	-	-	-	-	13
Torno 2 (superficie)	-	1	46	1	-	2	-	-	3	-	-	-	-	-	1	54
Total	21	2	480	2	-	27	-	-	61	-	-	-	-	1	5	608
Total (p/mat. prima)	503 (83%)			29 (4,5%)			61 (10%)			9 (1,5%)			6 (1%)			608

Tabla 3. : Frecuencia de artefactos y materias primas líticas en sitios residenciales. Nota: se excluyen los implementos de molienda, mazas y fragmentos de palas. Entre paréntesis se consignan los porcentajes del total.

Taxón	Finispatriae S ₁	Finispatriae S ₃ (Componente A)	Finispatriae S ₃ (Componente B)	Finispatriae S ₃ (Componente C)	Bilcapara S ₁ -S ₂	San Lorenzo 1 Complejo B
Artiodáctilo indeterminado	1687 (50)	159 (30)	2552 (36)	1217 (44)	360 (41)	128 (86,5)
Camélido	1586 (47)*	253 (48)*	4498 (63)*	1476 (54)*	458 (52)*	6 (4)
Cérvido (taruka)	11 (<1)	-	16 (<1)	2 (<1)	3 (<1)	-
Ovicáprido (oveja/cabra)	-	-	-	-	-	3 (2)
<i>Bos</i> sp (vaca)	-	-	-	-	-	11 (7,5)
<i>Lagidium</i> sp (vizcacha)	16 (<1)	4 (<1)	7 (<1)	3 (<1)	3 (<1)	-
Roedor indeterminado	69 (2)	5 (1)	14 (<1)	25 (1)	56 (6)	-
Dasypodidae (Armadillo)	4 (<1)	108 (20)	1 (<1)	3 (<1)	1 (<1)	-
Ave	3 (<1)	-	3 (<1)	-	-	-
Carnívoro	-	1 (<1)	1 (<1)	-	-	-
Total	3376 (100)	530 (100)	7092 (100)	2726 (100)	881 (100)	148 (100)

*Incluye llama y vicuña

Tabla 4. Frecuencia de taxones identificados en sitios residenciales. Nota: entre paréntesis se consignan los porcentajes.

La obsidiana probablemente proceda de la fuente de Laguna Blanca/Zapaleri, teniendo en cuenta el registro de sitios de habitación temporaria con abundantes evidencias de reducción primaria de este material en la Región Lacustre Altoandina. La andesita y el basalto seguramente llegan desde la Cordillera Occidental (de la Puna Noroccidental o de las Lagunas Altoandinas) al igual que los sílices de color que, en sus diversas tonalidades, son relativamente comunes tanto allí como en la puna adyacente de Santa Catalina-Pozuelos. En cuanto al predominante sílice gris, una de sus posibles áreas de procedencia es el piedemonte septentrional de la Cordillera de Lipez, donde se han registrado canteras de una materia prima macroscópicamente similar, en las terrazas del Río Chatena y en quebradas situadas entre San Pablo y San Antonio de Lipez. No se puede descartar por el momento, sin embargo, que sus fuentes se encuentren en lugares más próximos a San Juan Mayo, por ejemplo, en algún lugar de la Puna de Jujuy.

Los restos de fauna son sumamente abundantes en los basureros excavados (Tabla 4). Los camélidos son mayoría, superando el 90 % del NISP en varios conjuntos si se considera que la mayor parte de los artiodáctilos indeterminados –que incluyen básicamente astillas de hueso largo– probablemente correspondan a este taxón. Los análisis osteométricos realizados sobre un total de 167 elementos (65 metapodios distales, 45 falanges proximales y 57 falanges medias) indican que la llama predomina en este grupo, lo que evidencia una importante actividad pastoril en la zona. El pastoreo podría haber incorporado tempranamente ganado europeo, a juzgar por los hallazgos de San Lorenzo 1. Por otra parte, fueron identificados huesos de tamaño semejante a vicuña tanto en Bilcapara como en Finispatriae, sitios emplazados en ambientes de quebradas. En la actualidad estos camélidos se distribuyen exclusivamente en punas y serranías, lo que hace suponer que los antiguos circuitos de caza involucraban estos espacios. Junto a estas evidencias, la recurrente presencia de taruka, vizcacha y armadillo demuestran la importancia de la caza y su práctica en distintas unidades ambientales.

El sedimento de la excavación del basurero 1 de Finispatriae fue tamizado con mallas de 2 mm y 0,97 mm de apertura a fin de recuperar macrorrestos botánicos. Cada 10 lt se tomaron sub-muestras de 5 lt para zarandear con malla de 0,41 mm. Así se obtuvieron 114 restos carbonizados, de los cuales 97 pudieron ser identificados. Sobre un total de 15 unidades estratigráficas segregadas en la excavación, 10 tienen maíz (granos y fragmentos de marlos), seis quinoa (*Chenopodium quinoa* var. *quinoa* y var. *melanospermum*), dos poroto (*Phaseolus vulgaris*) y una amaranto (*Amaranthus caudatus*). Esta primera lista ofrece una interesante aproximación a la variedad de especies cultivadas que se consumían y lleva a pensar en otros escenarios y prácticas que pueden haber estado implicados en su producción. Los análisis de las muestras de sedimento extraídas de las estructuras agrícolas han producido hasta ahora cantidades mínimas o nulas de sílicofitolitos, posiblemente debido a factores tafonómicos relacionados con la alcalinidad del suelo.

Muchos de los artefactos de las colecciones funerarias reunidas por los primeros arqueólogos fueron confeccionados en madera. Si bien algunas están presentes localmente -como el churqui o la queñoa de las tarabitas analizadas por Raviña et al. (2007)- las maderas empleadas para fabricar los numerosos arcos presentes en las antiguas colecciones del Museo de La Plata debieron provenir de los bosques subandinos del oriente, de las Yungas.

La metalurgia del oro y el cobre y están representadas en el hallazgo de sendos objetos de oro (pendiente y vincha) hallados en las dos tumbas excavadas, así como por restos de escoria y un fragmento de crisol recuperados del basurero 1 de Finispatriae. Los escenarios mineros implicados, aún por identificar, podrían estar en el propio valle o en la altiplanicie adyacente. En ambos contextos funerarios se encontraron también cuentas, de roca verde-azul (algún mineral de cobre, probablemente) y de conchas, aunque no pudo determinarse en este último caso si se trata de ejemplares de mar o de agua dulce.

Paisajes Tardíos en San Juan Mayo

Interpretar los paisajes implica pasar del marco analítico arbitrariamente impuesto sobre la evidencia material (contexto geográfico y registro arqueológico) al de las prácticas, los significados y las capacidades, poderes o agencias que ellos habilitan. Siguiendo los pasos metodológicos explicitados anteriormente, comenzamos por definir en base a las cadenas de actividad implicadas en los materiales y su contexto, conjuntos de escenarios relacionados que, pensamos, constituyen unidades significativas para comprender los “sentidos de lugar” (Feld y Basso 1996). Combinando estos datos con otras líneas de evidencia, buscamos acercarnos a los significados atribuidos a cada lugar en la práctica y su posición en la estructura del paisaje. Como las estructuras sólo existen en el tiempo (Giddens 1979), se introducen en la discusión algunas consideraciones sobre la temporalidad de los lugares y, aprovechando los fechados y dataciones cruzadas, se postula una primera secuencia de transformación del paisaje para la época prehispánica tardía.

El Paisaje ca. 800-1200 DC

A fines del primer milenio y durante los primeros siglos del segundo milenio, la gente de San Juan Mayo vivía en casas relativamente aisladas o formando grupos de dos o tres viviendas cercanas, tal vez ocupadas por familias emparentadas. El módulo residencial consistía en habitaciones cuadrangulares adosadas para formar una hilera, L o U asociada a un patio o área despejada y sin techar. Contaba además con escenarios productivos adyacentes, andenes o melgas y corrales adyacentes o en las terrazas y

laderas cercanas. El complejo 2 de San Lorenzo 2 y los componentes iniciales de San Isidro y Finispatriae serían ejemplos fechados de este modo de habitar. Otros casos sin datar, pero que revelan situaciones similares, son Buena Esperanza 1, ubicado junto a tierras fácilmente irrigables en la terraza baja del Río San Juan, y Rodeo 1 y 2, probablemente partes de una misma casa situada frente a los tolares de la planicie pedemontana y próxima a la andenería de la quebrada de Pojcho⁵.

Para la mayoría de las personas la vida diaria transcurría en las inmediaciones de la casa, entre la vivienda y el huerto, mientras que algunas pasaban la jornada con el ganado en las áreas de pastoreo. El patrón residencial disperso permitía a cada unidad doméstica disponer de pasturas en las proximidades de su casa, una práctica que entre los pastores actuales no deja mayores rastros materiales, salvo refugios para vigilar el ganado y descartes aislados que abonan el registro arqueológico de baja densidad (Nielsen 2000). Variaciones estacionales o la necesidad de dar descanso a las pasturas, podrían llevar a aprovechar distintas unidades ambientales a lo largo del año, alternando por ejemplo entre las quebradas, el piedemonte y los faldeos de la serranía, como hacen hoy quienes crían ganado. Dados los pronunciados contrastes altitudinales que caracterizan la región, tales desplazamientos no excederían la jornada ni requerirían la construcción de “puestos”, aunque es posible que algunas de las estructuras aisladas clasificadas como “habitación temporaria” o algunos sitios con corrales hayan sido parte de estos circuitos ganaderos desde épocas tempranas. La obtención de algunos recursos de la serranía y puna adyacentes (p.ej., vicuñas, sílices, queñoas) pudo estar incorporada a estos programas de movilidad pastoril.

5. No es posible establecer por ahora si estos casos son también tempranos o revelan la persistencia en épocas posteriores de un modo de vida centrado en la casa.

En los ritmos de esta vida centrada en el grupo doméstico y sus afanes cotidianos, es preciso imaginar el encuentro periódico con miembros de otras familias del valle y posiblemente de otras partes del Río Grande de San Juan. La aparente homogeneidad de la cultura material (alfarería, conjuntos líticos, viviendas) en los distintos sectores de la cuenca que han sido investigados (Taxara, Talina, Tupiza, Yavi, Sama) sugiere que, desde fines del primer milenio por lo menos, la población de esta extensa región conformaba cierta comunidad de prácticas. A falta de plazas u otros espacios de reunión, y por analogía con la vida campesina actual, suponemos que gran parte de las actividades que reproducían este sentido de comunidad también tenían por escenario la casa, y se centraban en actividades relacionadas a las obligaciones del parentesco, las prestaciones de trabajo, el calendario ritual y el intercambio, entre otros menesteres.

El paisaje temprano ya articulaba, indudablemente, escenarios extra-regionales vinculados a la interacción con personas diferentes. La primera referencia a esos lugares la proporcionan los bienes alóctonos recuperados en San Juan Mayo, como la obsidiana y el basalto de las lagunas altoandinas o el sílice gris, macroscópicamente semejante al registrado en el Sureste de Lípez (Figura 8). Es importante destacar, sin embargo, que si lugares y paisajes se constituyen en la práctica y la experiencia, lo más relevante en este punto del argumento no es *de dónde* provienen los objetos, sino *cómo* llegaban a manos de la gente local. Las investigaciones realizadas en los últimos años en regiones vecinas indican que la obtención y circulación de bienes alóctonos involucraba –por lo menos– dos prácticas diferentes (Nielsen 2006). Una de ellas se basaba en partidas logísticas, grupos de tareas que viajaban a la Región Lacustre Altonandina (en adelante RLA) durante los veranos para recolectar obsidiana, basalto, sílices de color y huevos de flamenco, cazar vicuñas, vizcachas y chinchillas, y contactar a grupos enviados con propósitos similares por otras comunidades del desierto de Atacama, de Lípez o de la Puna de Jujuy. Estos encuentros ofrecerían también la oportunidad de conocer a miembros de otras colectividades y adquirir (por trueque o regalo) bienes procedentes de lugares más remotos aún. Estas transacciones han sido englobadas bajo el concepto de *tráfico incorporado*, por contraste con el

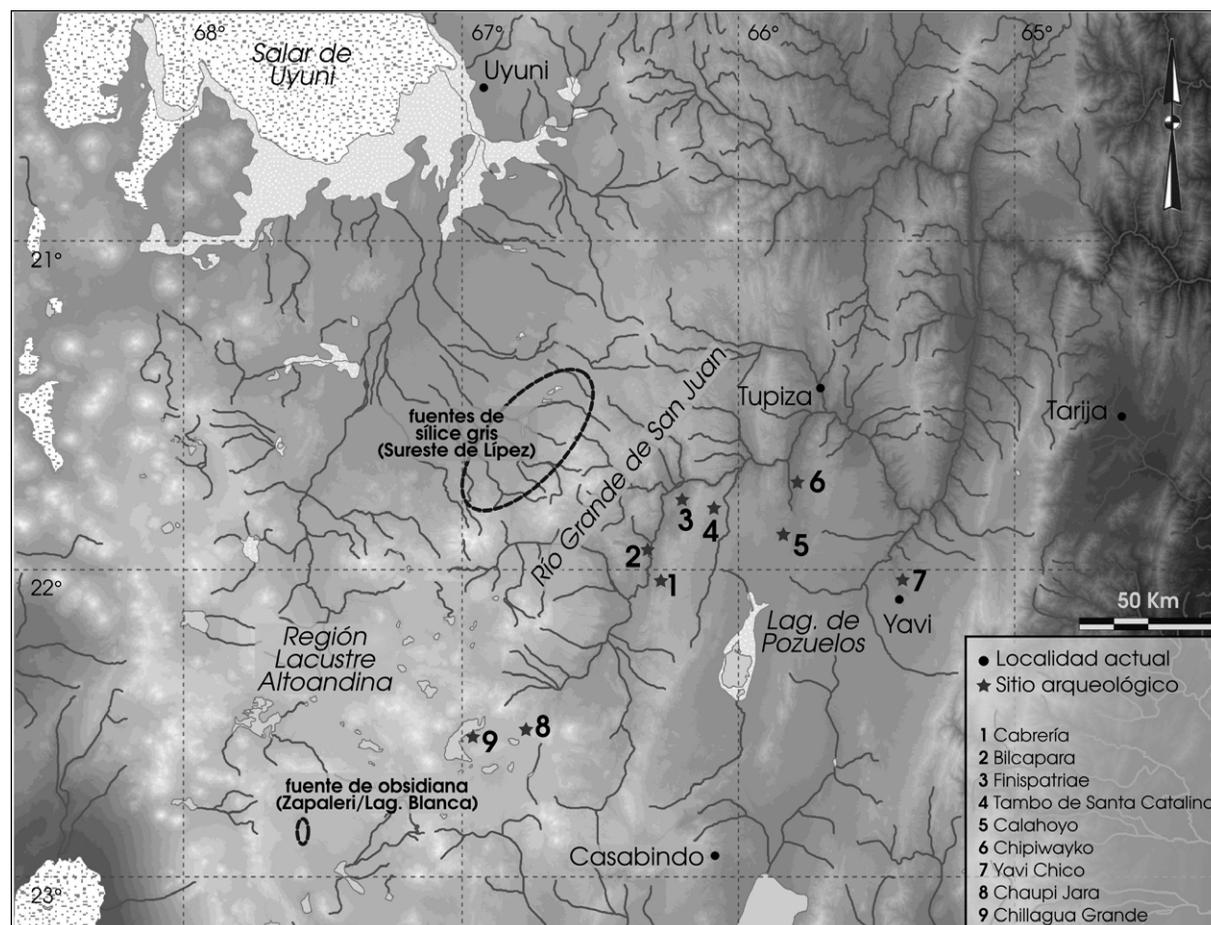


Figura 8. Escenarios extra-regionales vinculados a los grupos del Río Grande de San Juan.

tráfico especializado, viajes realizados por gente acompañada o no por animales de carga, con el objetivo principal de intercambiar bienes en las comunidades de destino (Nielsen 2006: 48). Sin ignorar las cargas que pudieron transportar los propios seres humanos, en el caso del Río Grande de San Juan, el tráfico especializado debió tener como protagonista principal a las caravanas de llamas.

Para visualizar los escenarios asociados a las partidas logísticas conviene recordar brevemente cuatro tipos de sitios documentados en la RLA, a saber, asentamientos temporarios, áreas de cocción de huevos, vías y talleres (Nielsen *et al.* 1999). Chillagua Grande, un sitio con alfarería Yavi-Chicha cerca de Laguna Vilama, ofrece un buen ejemplo del primero; consta de cinco o seis complejos arquitectónicos que combinan refugios con y sin techo, parapetos, patios cercados y tal vez corrales (Nielsen 2003a). La excavación total de uno de estos complejos permitió identificar algunas de las tareas allí realizadas, v.gr., procesamiento y consumo de alimentos (que incluían presas locales), recolección de huevos de flamenco, caza de vicuñas y chinchillidos (Nielsen *et al.* 2010), extracción de pieles de chinchilla (Maryañski y Nielsen 2015), reducción de nódulos de obsidiana y lapidaria de minerales de cobre procedentes del desierto de Atacama⁶.

Un ejemplo del segundo escenario, Isla Vilama, se encuentra sólo 500 m al norte del sitio anterior. Sobre la margen de la laguna, frente a un islote donde nidifican los flamencos que llegan cada verano a esta zona, se encuentran varios hornos para la cocción de huevos, pequeñas oquedades rectangulares revestidas en piedra, con

6. El análisis por isótopos de plomo realizado sobre un fragmento de cuenta de roca verde estableció su procedencia en la provincia isotópica I (Lechtman y MacFarlane 2006), correspondiente a la faja desértica del Norte Grande de Chile (H. Lechtman, comunicación personal 2005).

rastros de combustión y asociadas a innumerables fragmentos de cáscaras. Los artefactos cronológicamente diagnósticos en superficie indican un uso continuado del lugar desde tiempos arcaicos hasta la actualidad, incluyendo el período de interés para este trabajo.

El tercer escenario queda ilustrado por una huella de caravanas que conduce desde Laguna Vilama hacia el poniente, rumbo a la fuente de obsidiana de Laguna Blanca/Zapaleri, situada a 60 km en línea recta. Esta vía, sobre la que se observan ocasionalmente nódulos “extraviados” en ruta, ingresa al actual territorio boliviano por el abra de Tinte, donde se encuentran tres grandes pozos con ofrendas de piedra blanca y verde (cuentas y desechos), altares caravaneros tardíos conocidos regionalmente como “sepulcros”.

El cuarto escenario está representado en Laguna Blanca, una amplia hoyada cubierta de rodados de obsidiana (Nielsen *et al.* 1999), conocida también en la literatura arqueológica como “fuente Zapaleri” (Yacobaccio *et al.* 2004). En diferentes puntos de esta pampa hay parapetos e improvisados refugios invariablemente asociados a evidencias de reducción primaria y, a veces, otros artefactos que interpretamos como descartes de los equipos de viaje de quienes llegaban allí a extraer materia prima. En uno de estos talleres observamos cerámica Yavi-Chicha, mientras que en otro registramos una punta de flecha de sílice gris, pedunculada y de limbo triangular, de igual diseño a las de San Juan Mayo.

Por cierto, no hay forma de relacionar directamente estos sitios con los habitantes de las bases residenciales relevadas en San Juan Mayo, pero su contemporaneidad, junto con la relativa proximidad (tres o cuatro jornadas), las semejanzas en la cultura material consumida en cada caso y la reciprocidad de bienes alóctonos registrados en ambas regiones, justifican pensar que escenarios como los investigados en la RLA fueron lugares significativos en el paisaje de la gente del Río Grande de San Juan durante el período tardío. Específicamente, articularían una variedad de personas humanas y no humanas en distintos ejes sociales. Como argumentamos en otra oportunidad (Nielsen *et al.* 2010), las lagunas altoandinas serían lugares asociados a poderosas personas no humanas, volcanes imponentes coronados por lagunas de colores, con quienes era preciso negociar la apropiación de bienes. Después de todo, desde las lógicas etnográficamente documentadas (Allen 2002; Haber 2007; Martínez 1983; Van Kessel 1988), esas *wak'as* son las responsables de la crianza de los seres que nosotros categorizamos como silvestres o pertenecientes al ámbito de la naturaleza, sean rocas, plantas o animales. La negociación con estas personas no-humanas, los ritos (Nielsen *et al.* en prensa), serían un tema central -o eje social- asociado a estos lugares, que en este sentido podrían calificarse de sagrados. El segundo tema o eje sería la interacción con *otra gente* y su cultura material. Si la identidad se construye en la diferencia, estos encuentros debieron ser muy importantes en la reproducción de los colectivos regionales y sus relaciones. Podrían entenderse de este modo a la RLA como un lugar de encuentro multiétnico. El tercer eje social estaría al interior de los grupos de tareas, que seguramente incluirían miembros de distintos grupos domésticos reclutados según criterios por investigar, que destacan a estas prácticas como experiencias de vinculación supra-doméstica para la gente del RGSJ.

El sílice gris de Lípez debió llegar a San Juan Mayo de otro modo y, por lo tanto, referenciaría otras experiencias y lugares. A diferencia de la RLA, que nunca fue ocupada en forma permanente, el Sureste de Lípez fue habitado por pastores desde épocas tempranas (Nielsen 1997), por lo que el acceso a sus recursos comprometía otra gente y otro tipo de negociaciones. En este caso es razonable pensar que el sílice llegaba con las caravanas que organizaban los pastores especializados de esa región, en travesías que deben haber tenido mucho en común con las que hasta hace poco

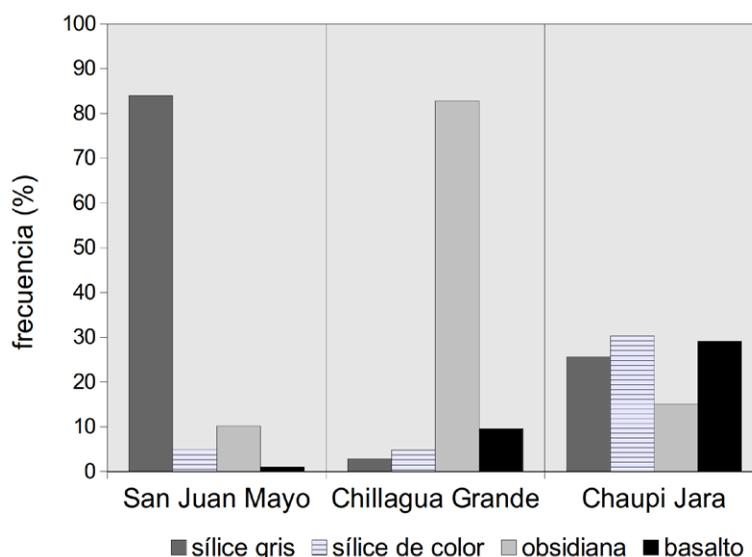


Figura 9. Frecuencia relativa de materias primas líticas en tres tipos de escenario asociados con alfarería Yavi/Chicha.

realizaban cada año los llameros para buscar maíz en Tarija –pasando por el Río Grande de San Juan en Talina o Tupiza– o para asistir a la feria de Santa Catalina (Nielsen 1998). La ruta entre el Sureste de Lípez y Santa Catalina atraviesa el área de estudio, cruzando el Río San Juan a la altura de Valle Rico, remontando las quebradas de San Lorenzo y Zaratarkuna, ascendiendo luego la cuesta de la Sierra de Eureka para salir a la Puna por el abra de Calajara. En apoyo de esta hipótesis, cabe recordar que los sitios del Sureste de Lípez tienen conjuntos cerámicos y líticos extremadamente diversos, mientras que San Juan Mayo muestra una notable homogeneidad en ambos materiales, lo que indica que la gente de la primera de estas regiones jugaba un papel más activo en el traslado de bienes, lo que los convirtió en consumidores de bienes provenientes de una vasta red de tráfico –que incluía cerámica Yavi-Chicha– mientras que los habitantes de San Juan Mayo jugaban un papel más pasivo, recibiendo selectivamente ciertos elementos transportados por los llameros de Lípez, por ejemplo el sílice gris, si su procedencia llegara a verificarse. Dado el protagonismo de la vida doméstica en el paisaje local, cabe pensar que las propias viviendas escenificaban estos intercambios. Los viajeros altiplánicos pudieron hospedarse en casa de las familias de San Juan Mayo, como hacen etnográficamente los *llameros* con los *caseros* de valle, o acampar en los fondos de las quebradas, como hacen hasta hoy los pastores de la puna jujeña cuando llegan a Tilcara o Yakoraite a cambiar sal por productos agrícolas en el invierno.

Los contrastes en la frecuencia de materias primas líticas presentes en tres tipos de escenarios contemporáneos investigados -residencias en San Juan Mayo, un sitio logístico en las lagunas altoandinas y una *jarana*- es consistente con esta reconstrucción de modos diferenciales de circulación (Figura 9). Mientras los asentamientos locales consumen principalmente sílice gris, los sitios de habitación temporaria en la RLA se focalizan en el trabajo de la obsidiana, mientras que los campamentos caravaneros (acumulaciones de miríadas de eventos breves de ocupación por parte de diversos grupos siguiendo derroteros diferentes) muestran equitativamente representadas las distintas materias primas presentes en la cuenca de tráfico.

Lo dicho no significa que los pastores del RGSJ no organizaran sus propios viajes de intercambio. De hecho, hay numerosos campamentos de caravanas con cerámica

Yavi/Chicha asociados a rutas que atraviesan las lagunas altoandinas con rumbo a San Pedro de Atacama y hemos documentado al menos una de estas *jaranas* en la serranía de Zenta (Wayra Jara), entre Humahuaca y los valles subandinos, asociada a la misma alfarería (además de cerámica Humahuaca) y a numerosas puntas pedunculadas de sílice gris (Nielsen 2003b; Nielsen *et al.* 1999). Este tráfico daría cuenta del uso de maderas duras para la fabricación de arcos (Lehman-Nistche 1902), entre otros recursos de yungas presentes en San Juan Mayo. Las caravanas del RGSJ, entonces, también participaban activamente en el tráfico circumpuneño tardío, lo que agregaría un segundo conjunto de lugares extra-regionales visitados regularmente, a saber, los paraderos en ruta y las comunidades de destino. De acuerdo con los datos disponibles, estas últimas se encontrarían tanto en los Oasis de Atacama como en los Valles Orientales de Jujuy o Salta, sin descartar otras regiones posibles. En estas travesías los pastores del RGSJ interactuarían con una gran diversidad de personas, incluyendo otros viajeros en ruta, los habitantes de diferentes comunidades donde se alojarían y realizarían los intercambios, las llamas cargueras (que en la visión de los pastores son personas) y una multitud de *wak'as* con quienes negociarían mediante *pagos* y otros ritos el éxito de estos emprendimientos.

Los cambios del siglo XIII

El siglo XIII fue una época de profundas transformaciones sociales en los Andes Circumpuneños, particularmente para las poblaciones con economías de base agrícola. A partir de investigaciones previas, hemos argumentado que el establecimiento de un estado de guerra endémica disparado por la crisis de las economías de tierras altas debido a reiterados ciclos de sequía, promovió cambios organizacionales que implicaron una relocalización generalizada de las poblaciones hacia conglomerados defensivos, el desarrollo de estrategias económicas corporativas y una marcada integración política regional basada en instituciones segmentarias e identidades colectivas (Nielsen 2007). La emergencia de esta nueva estructura se presenta generalmente como un proceso rápido, cuyos detalles y variantes regionales resultan difíciles de precisar y datar arqueológicamente, pero que seguramente estuvo acompañado de tensas negociaciones y enfrentamientos entre facciones o grupos cuyos intereses fueron diversamente afectados por el cambio. Sería inapropiado tratar de dilucidar una configuración de paisaje única para esta época, caracterizada por una espacialidad cambiante, heterogénea y conflictiva. En lugar de ello, buscamos acercarnos al proceso a través del análisis de dos tipos de lugares que seguramente protagonizaron las principales tensiones generadas por las transformaciones propuestas, a saber, las viviendas y los campos de cultivo.

Los primeros datos sobre la formación de conglomerados residenciales en San Juan Mayo provienen de San Lorenzo, una quebrada estrecha, abrigada y con agua en abundancia. En los 4 km que separan San Lorenzo 1 de Finispatriae, hay un mínimo de seis sitios residenciales, que varían desde casas aisladas (San Lorenzo 18a y 18b), pasando por semi-conglomerados con varias viviendas de distintas épocas (San Lorenzo 1, 2 y tal vez 17, actualmente muy perturbado), hasta un verdadero conglomerado como Finispatriae. Las investigaciones realizadas en este último indican una expansión rápida del asentamiento que, durante la primera mitad del siglo XIII, pasó de ser un área residencial pequeña a cubrir un total de 5,5 has densamente edificadas. Este fenómeno no pudo ser fruto del crecimiento demográfico normal de la comunidad, sino que implica procesos de redistribución poblacional cuyos detalles resulta difícil precisar por ahora, por lo que proponemos tres hipótesis alternativas que pueden dar cuenta de lo observado.

La primera es que este patrón sea el resultado acumulado de un proceso rápido de relocalización de la población de la quebrada que, en el curso del siglo, pasó

de vivir en casas dispersas o semiconglomeradas al hacinamiento en las terrazas de Finispatriae. Una objeción a esta idea surge de los fechados radiocarbónicos en casas dispersas o semiconglomeradas (San Lorenzo 1 complejo 2, San Lorenzo 17), que son contemporáneos -entre 1185 y 1285 cal DC 1 σ - con las acumulaciones rápidas en los basureros de Finispatriae, es decir, con la fase de expansión del poblado. Más aún, los dos tipos de escenarios se mantienen activos también en los siglos XIV-XV, a juzgar por las dataciones contemporáneas -entre 1285 y 1440 cal DC 1 σ - de conglomerados (Finispatriae y Bilcapara) y viviendas aisladas (San Lorenzo 2, complejo 1).

Otra posibilidad es que el crecimiento de los poblados de San Lorenzo se haya nutrido de grupos llegados desde otros lugares, no necesariamente lejanos ni ubicados fuera de la sub-región. En lugar de resultar en un conglomerado discreto, la quebrada de San Lorenzo puede haberse convertido así en un área de concentración de gente que hasta entonces vivía dispersa en los alrededores. El resultado sería una zona muy poblada pero con variaciones en la densidad de viviendas, donde coexistían las tradicionales casas aisladas rodeadas de huertos, los semiconglomerados y los conglomerados de reciente formación.

Una tercera interpretación de estos datos es que las viviendas aisladas hayan continuado en uso, pero re-significadas en el marco de una nueva forma de habitar. Podrían haberse convertido en residencias alternativas de familias viviendo la mayor parte del año en los conglomerados, o en áreas de habitación temporaria para grupos de trabajo procedentes de los poblados y actuando como parte de una estrategia territorial corporativa, entre otras posibilidades. No serían los únicos escenarios que experimentaron cambios en términos de su posición en el paisaje, sin mostrar discontinuidades en su ocupación; los sitios pastoriles y los huertos de viviendas en desuso, por ejemplo, seguramente fueron ininterrumpidamente aprovechados a pesar de los cambios en la economía y su espacialidad.

La escala colectiva que caracterizaría a las nuevas estrategias económicas se visualiza con mayor claridad en las obras de irrigación y expansión agrícola que -hipotéticamente- dieron origen a las áreas de cultivo sin viviendas o con habitación temporaria solamente. Estas representan casi la mitad de los sitios registrados y se distribuyen por casi todas las quebradas prospectadas que poseen fuentes de agua, ocupando los principales terrenos aptos para la agricultura, es decir, terrazas fluviales altas, bajas y laderas adyacentes. Así sucede en San Lorenzo y quebradas laterales (Zaratarkuna, Pabellón) o en el Río Grande y sus tributarias (Chajrawayco, Mojón, Hornillos, Pojcho, etc.). Distingue a la tecnología agrícola local el énfasis puesto en el uso exhaustivo del agua, manifiesto en el empleo de colectores y represas, o en la construcción de melgas, que permiten un aprovechamiento minucioso y en profundidad del riego.

La topografía extremadamente accidentada de la región condiciona una distribución fragmentaria de las áreas de cultivo que, si bien tienden a ocupar geofomas completas (terrazas fluviales, conos aluviales, laderas), nunca alcanzan las grandes extensiones continuas observadas en otras regiones, como las quebradas de Humahuaca o El Toro. Los antiguos agricultores de San Juan Mayo, sin embargo, lograron integrar algunas de estas áreas discretas en una misma red de riego a través de la construcción de canales en altura que sortean los obstáculos topográficos que las separan. Ejemplos de esta práctica se han observado tanto en San Lorenzo (San Lorenzo 5 y 6) como en el Río Grande (Hornillos y Mojón).

La ausencia de viviendas en los sitios agrícolas indica que, a diferencia de lo habitual hasta entonces, muchos de quienes cultivaban vivían separados de los campos, en

áreas residenciales que, en el caso de la quebrada de San Lorenzo llegan a estar a 3 o 4 km de distancia en línea recta⁷. Sobre el Río Grande al norte de Hornillos, no se han encontrado asentamientos de envergadura que puedan relacionarse a las ubicuas áreas de cultivo, lo que lleva a pensar que las viviendas se encontrarían alejadas del frente del río. Más al sur, hay varios ejemplos de conglomerados residenciales con sitios agrícolas segregados pero relativamente cercanos, como el poblado de Esquinas Blancas distante un kilómetro de los campos de Pampa Grande (Krapovickas y Cigliano 1962: 90).

7. Indudablemente las tierras más próximas a los conglomerados fueron también explotadas, como debió suceder con las 6 has al pie de Finispatriae, cultivadas hasta hoy gracias a una represa situada al sur del sitio.

Sin descartar la posibilidad de que algunos de estos campos hayan comenzado a roturarse anteriormente, la homogeneidad de los sitios agrícolas registrados en la sub-región, la potencial complementariedad entre los conglomerados residenciales sin áreas productivas y los sitios agrícolas sin viviendas, y los indicios de planificación en algunos de ellos (regularidad en los trazados, canales que integran varios sitios en las mismas redes de riego), llevan a interpretar estas obras como el resultado de proyectos colectivos, no tanto por la magnitud del trabajo invertido, sino por el manejo de escalas espaciales amplias en su diseño. A diferencia de los huertos tempranos, desarrollados gradualmente junto a la casa o construidos “espontáneamente” para aprovechar rincones favorables en sus alrededores, se trata ahora de obras que se extienden por kilómetros y que implican la administración coordinada –aunque no necesariamente centralizada, por cierto- de numerosas parcelas y redes de riego o de quebradas enteras.

Los cambios en la espacialidad ocurridos durante el siglo XIII podrían relacionarse con la aparición de dos nuevos tipos de sitio –aún no datados- que operarían como marcas territoriales. Uno de ellos es el arte rupestre en el que, fuera de los motivos de antropomorfos y camélidos, predominan diseños geométricos similares a los plasmados en la cerámica. Si como se supone habitualmente, el estilo alfarero Yavi/Chicha operó como parte del andamiaje material que sostenía una identidad compartida, un sentido de colectividad entre los habitantes del RGSJ que los diferenciaba de otros pueblos circumpuneños, el grabado de estos diseños en grandes rocas y cuevas puede entenderse como una práctica de territorialización, de apropiación colectiva del espacio a través de la intervención de lugares particularmente significativos desde la mirada andina, como las grandes rocas y las cuevas, estas últimas entendidas –según la información etnohistórica- como *punkus* o portales a otros mundos (Cruz 2006).

Las cámaras en abrigos rocosos tampoco han sido datadas en San Juan Mayo, pero si tomamos como referencia las fechas obtenidas sobre torres y cámaras similares en la región de Miraflores-Guayatayoc (Rivet 2013) y en el Norte de Lipez, en este último caso combinando radiocarbono y dendrocronología (Morales *et al.* 2013), cabe pensar que se edificaron entre los siglos XIII y XVI como rango cronológico máximo. Señalamos anteriormente que a pesar de que DeBenedetti las interpretó como tumbas, los registros de Weisser y nuestras propias observaciones indican que fueron usadas fundamentalmente como depósitos (ver también Krapovickas y Cigliano 1962: 102). En otra oportunidad argumentamos que las formas arquitectónicas “chullpa” (entre las que se encuentran las cámaras en abrigos) eran entendidas como corporizaciones de los antepasados, ancestros litificados análogos a los *wankas* (Duviols 1979), cuyas múltiples capacidades se manifiestan en los variados usos y contextos asociados a estas estructuras (Nielsen 2008). Teniendo en cuenta la estrecha relación entre el culto a los antepasados y la negociación de derechos a la tierra en épocas tardías en los Andes (Isbell 1997), la aparición de estos escenarios en San Juan Mayo y otras partes de la circumpuna a partir del siglo XIII puede también relacionarse con los conflictivos procesos de re-estructuración y territorialización del paisaje que venimos discutiendo.

El paisaje de los siglos XIV-XV

A partir del siglo XIV, proponemos que una espacialidad diferente, articulada en torno al manejo colectivo de territorios étnicos, se consolidó en San Juan Mayo. Este paisaje, en el que las comunidades habían desplazado a los grupos domésticos como unidades de gestión de los principales recursos (tierra, agua, pastos, mano de obra, etc.), comprendía lugares de uso diferencial, como los conglomerados residenciales, los campos de cultivo, los refugios para pernoctar cuando la distancia obligaba a algunos trabajadores a permanecer varios días en el campo, las estancias ganaderas, los depósitos/santuarios de cámaras en abrigos. La convivencia en estos lugares asociaba a las personas en formas novedosas, fortaleciendo una trama transversal a las unidades domésticas. La comunidad era una experiencia física, palpable en los itinerarios de la vida cotidiana, en el hacinamiento de los poblados, en la proximidad entre vecinos, en el laboreo de los campos, en el manejo del agua y los pastos, en la discusión de las decisiones económicas. A esto hay que sumar las congregaciones públicas atestiguadas por la aparición de plazas en algunos conglomerados, que convocaban periódicamente a miembros de una o más comunidades locales a compartir celebraciones y otros eventos asociados al calendario productivo, político y ritual.

La aparente contradicción entre la presencia en el piedemonte (por ejemplo, Calajara) de estructuras relacionadas a la ganadería y a la agricultura sin barreras físicas entre ellas obliga a considerar la temporalidad del paisaje. Pudo resultar de la superposición de un uso agrícola-intensivo sobre uno ganadero-extensivo previo o revelar un ciclo anual que alternaba el cultivo en verano y el pastoreo en invierno, una práctica que permitió además aprovechar como forraje los desechos remanentes en los campos tras la cosecha.

Las cámaras en abrigos, como ancestros emergentes del inframundo (*ukupacha*) en sus *paqarinas* o en *punkus*, articulan ciclos más prolongados (seculares), al referenciar genealogías colectivas -y los derechos que las acompañan- que hunden sus raíces en terreno mítico. Pero además, la relación que establecen estas construcciones entre materiales y estructura social incorpora a la experiencia del lugar la temporalidad de otros procesos independientes, como los que gobiernan los ciclos climáticos o la geología, naturalizando así la arbitrariedad del nuevo orden social (Bradley 2000).

¿Cuáles fueron las causas del cambio? En otras regiones donde se advierten transformaciones similares en esta misma época, la guerra y la inseguridad parecen haber sido importantes detonantes del proceso, una hipótesis que se ve respaldada no sólo por las características defensivas de los patrones de asentamiento, sino también por evidencias bioarqueológicas, iconográficas y artefactuales de violencia. El paisaje emergente en San Juan Mayo luego del siglo XIII, sin embargo, no muestra propiedades defensivas tan marcadas, lo que aconseja mantener abierta la pregunta por ahora. Algunos conglomerados ofrecen ventajas estratégicas por su emplazamiento en posiciones elevadas, con buena visibilidad y dificultades de acceso (por ejemplo, Finispatriae, El Angosto Escuela, Bilcapara, Churquihuasi), pero otros se ubican en terrenos relativamente vulnerables (por ejemplo, San Isidro, Cabrería). Ninguno de ellos cuenta con fortificaciones y los casos de intervisibilidad entre sitios son pocos, a diferencia de la Quebrada de Humahuaca, donde los pukaras están visualmente comunicados. No hay fortificaciones ni se advierten previsiones para defender los flancos más vulnerables de los asentamientos, como sucede en los pukaras de Lípez o de San Pedro de Atacama, donde están asociados a pilas de piedras, equipados con proyectiles. El atributo defensivo más significativo del nuevo paisaje, entonces, sería el tamaño mismo de las comunidades residentes en los conglomerados, que las tornaría en un blanco difícil para grupos con las limitaciones logísticas de la época.

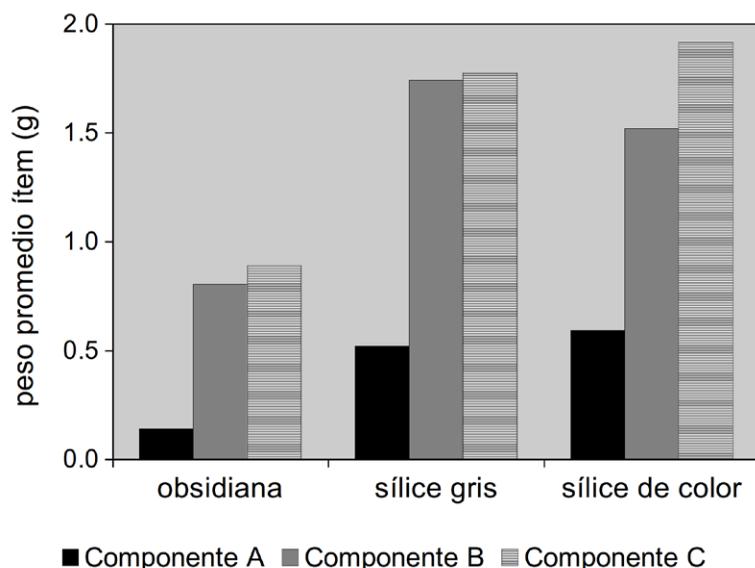


Figura 10. Peso promedio por artefacto lítico en los tres componentes del Sondeo 3 de Finispatriae.

El paisaje extra-regional no parece haber experimentado mayores cambios a lo largo de este proceso. Primero, porque la arqueología de las lagunas altoandinas muestra una notable continuidad en el uso de los mismos escenarios desde el primer milenio o incluso antes. Esta afirmación se aplica tanto a los sitios de habitación temporaria como a los campamentos caravaneros o *jaranas*, que se mantienen en uso ininterrumpidamente. Por otra parte, materias primas alóctonas consumidas desde momentos tempranos, continúan presentes en San Juan Mayo a lo largo de todo el período tardío, sugiriendo la vigencia de las mismas prácticas de circulación interregional a pesar del clima de beligerancia. Más aún, pareciera haber un aumento en la disponibilidad de materiales líticos, como lo sugiere la comparación de los distintos componentes del basurero 1 de Finispatriae, donde se advierte que el tamaño medio de los desechos aumenta a partir del siglo XIII (Figura 10).

San Juan Mayo en tiempos del Inka

Los testimonios de la presencia Inka registrados hasta ahora en el valle se limitan a uno o dos fragmentos de cerámica Inka provincial registrados en la superficie de asentamientos residenciales de fisonomía local. Estos registros aislados no invalidan la impresión de que San Juan Mayo fue abandonado a mediados del siglo XV. El único sitio inkaico, el Tambo de Santa Catalina, se encuentra fuera del valle; da testimonio de la presencia de un camino en la puna adyacente cuyo derrotero no está claro aún. ¿Habrán sido relocalizados los habitantes del valle por la formación del Tawantinsuyu? ¿Habrán estado entre aquellos mitimaes chichas orejones que mencionan las fuentes escritas (Espinoza Soriano 1986)? ¿A qué otros lugares pudieron haber sido trasladados además de los valles orientales? Todo parece indicar que el valle se convirtió en un lugar extra-regional recordado más que visitado por comunidades que se vieron obligadas a abandonarlo por alrededor de 100 años. Esta conclusión abre un nuevo abanico de interrogantes, por ejemplo: ¿Cómo recordaba esta gente su antiguo territorio? ¿Qué poderes simbólicos lo envolvían? En definitiva ¿qué papel desempeñaba este lugar abandonado en el paisaje de aquella gente?

El Período Hispano-Indígena

Tras la derrota del Tawantinsuyu por los españoles, San Juan Mayo volvió a poblarse. En San Lorenzo 1, por lo menos una vivienda estaba habitada en momentos coloniales que suponemos tempranos (Período Hispano-Indígena), dada la similitud general del contexto con los documentados para épocas prehispánicas. La aparición de restos de fauna del viejo mundo en esta casa, como única evidencia de su cronología post-contacto, recuerda los testimonios escritos que señalan que a fines del siglo XVI, en los valles de la jurisdicción de Talina, ya criaban ganado europeo además del “de la tierra” (Palomeque 2010: 6). Ya sea que se trate de una casa pre-Inka reocupada, o de una nueva construcción erigida de acuerdo a los antiguos patrones locales, este contexto sugiere que a partir del siglo XVI el valle fue repoblado. El caso de San Lorenzo 1 muestra que al menos parte de este proceso estaba protagonizado por grupos domésticos que se instalaron en forma dispersa en algunos de los -¿sus?- antiguos lugares residenciales, donde seguramente reactivaron parte de las áreas productivas cercanas.

A pesar de la aparente similitud entre este modo de habitar y el vigente con anterioridad al siglo XIII, el paisaje de estos grupos fue muy diferente, atravesado por prácticas que los capturaban en la red colonial emergente y su espacialidad. Por una parte, cabe pensar que participaron de algún modo en las operaciones minero-metalúrgicas que cobraron auge en la vecina puna de Santa Catalina-Rinconada a partir del siglo XVII (Angiorama 2011; Angiorama y Becerra 2012). Futuras investigaciones permitirán establecer si participaron directamente de estas actividades o indirectamente a través de la producción de excedentes necesarios para el sustento de los mineros, y si lo hicieron voluntariamente o bajo coerción. Por otro lado, estaban sometidos al adoctrinamiento cristiano, cuyas improntas se observan en el arte rupestre. Estas intervenciones parecen reclamar para la nueva ideología lugares particularmente significativos en los antiguos paisajes locales, como cuevas, rocas singulares y *punkus*.

San Juan Mayo: ¿un lugar multiétnico?

No queremos concluir este ejercicio de reconstrucción de paisajes -necesariamente provisorio dado el limitado conjunto de datos que lo sustenta- sin retomar las preguntas planteadas al comienzo, referidas tanto a la ocupación multiétnica de la región con anterioridad al siglo XV, como a la relocalización de poblaciones provocada por el Inka. ¿Qué aporta el análisis de la espacialidad a la solución de estos interrogantes?

La primera de estas hipótesis se basó en observaciones arqueológicas, a saber, la presencia de cerámicas tempranas de diversa procedencia en Calahoyo (Fernández 1978) y la co-ocurrencia de alfarería Yavi-Chicha y de inhumaciones en estructuras alojadas en cuevas, consideradas elementos distintivos de los grupos etnohistóricos Chichas y Casabindos-Cochinocas (Krapovickas 1983). Los datos discutidos en este trabajo no avalan la presencia de “colonias multiétnicas” (Krapovickas 1983: 19) durante el período tardío, al menos en las partes de la sub-región investigada. Con muy pocas excepciones, la alfarería empleada es del grupo Yavi/Chicha, un indicador de homogeneidad que se ve reforzado por la uniformidad observada en otros aspectos de la cultura material, como la arquitectura doméstica y agrícola o los conjuntos líticos (materias primas y morfología de puntas de proyectil). Las cámaras en abrigos son también frecuentes en toda la zona, pero no están segregadas de los lugares de habitación y producción locales, más allá de presentarse preferentemente en oquedades naturales de los afloramientos de arenisca roja, donde no siempre hemos encontrado sitios habitacionales próximos o de otra funcionalidad. En varios casos, sin embargo, sitios de cámaras en abrigos se asocian directamente a sitios residenciales y/o productivos con arquitectura y alfarería Yavi, como sucede en

Mojón, en Hornillos-quebrada de Vallecito, en Pucapampa-Villa María y en Rodeo 1-Rodeo 2-quebrada de Pojcho.

La aparente ausencia de cámaras en abrigos en otras partes de la cuenca del Río Grande de San Juan podría revelar variaciones regionales, idiosincrasias en el seno de una población que habitualmente se imagina como una entidad social uniforme, “la cultura Yavi”. Podría tratarse de un fenómeno local, contingente, quizás inspirado en atributos distintivos de la geografía de la zona, como los afloramientos de arenisca roja surcados de laberínticas quebradas con cuevas, donde se encuentran Paicojoj 1 y 2 (Figuras 2, 5 y 6). Estos son sólo dos ejemplos de lo que parece ser una gran concentración de sitios de cámaras en cuevas en el faldeo meridional de la Cordillera de Lípez, un lugar que pudo asumir trascendencia simbólica a escala regional, distinguiendo a los habitantes de San Juan Mayo frente a otros colectivos locales culturalmente afines dentro de la cuenca del RGSJ. O tal vez se relacione con la proximidad y (cabe pensar) mayor interacción con poblaciones cercanas pero culturalmente diferentes, como los antecesores de los casabindos-cochinocas del siglo XVI, que construyeron regularmente este tipo de estructuras. Semejante hibridación de prácticas permitiría desarrollar marcos de entendimiento compartidos. Ayala (1998) ha propuesto una interpretación semejante para el caso de las chullpas de Caspana y su relación con la influencia altiplánica (del Norte de Lípez) en el Loa Superior.

Respecto a la cerámica, lo más llamativo es su homogeneidad, siendo muy escasos los ejemplares de alfarería foránea, tanto en las colecciones recogidas por Weisser como en nuestros registros. Cabe notar que una homogeneidad similar ya ha sido notada en otros sectores de la cuenca del RGSJ, como Talina, Estarca y Tupiza (Angelo 2003; Ávila 2011). Los pocos tiestos alóctonos encontrados se condicen perfectamente con prácticas de tráfico o intercambio con regiones vecinas, formas de circulación que se encuentran independientemente indicadas por los materiales líticos y las maderas, entre otros bienes.

El abandono de San Juan Mayo durante el período Inka ofrece una interesante prueba del traslado de poblaciones chichas fuera de sus territorios para prestar servicios al Tawantinsuyu. Ignoramos a dónde pudieron ser destinados los habitantes de Bilcapara, San Isidro o Finispatriae, o a qué labores fueron afectados, pero resulta interesante notar que el re-poblamiento del valle en época colonial, no muestra hasta el momento las características de un retorno masivo sino, tal vez, de un proceso más espontáneo, impulsado por grupos domésticos. Esta hipótesis también hace eco en las fuentes históricas, que consignan que los mitimaes chichas-orejones “que ocupaban los emperadores ingas en las minas y conquista de la cordillera, los cuales como supieron la entrada de los españoles en el Perú y la muerte que habían dado al inga Atahuallpa en Cajamarca, y que se habían apoderado del Cusco, no quisieron volver al Perú, y se quedaron en tierras de los churumatas.” (Lozano 1989 [1733]: 78, subrayado nuestro)

Agradecimientos

Las investigaciones en que se basa este artículo fueron financiadas por la ANPCyT (PICT 30051, PICT 2229) y por CONICET (PIP 11220090100617). Nuestro agradecimiento a los vecinos de La Ciénaga y El Angosto, en especial a Ceferino Mamaní (presidente de la comunidad aborigen) y a Javier Wáyar (presidente del centro vecinal) de esta última localidad, así como a las autoridades departamentales de Santa Catalina (Jujuy) y provinciales de Mojinete (Potosí), por su generoso apoyo al trabajo del Proyecto Arqueológico Altiplano Sur (PAAS). Finalmente, agradecemos los comentarios de Norma Ratto y Juan Albarracín Jordán que ayudaron a mejorar el trabajo, sin responsabilizarlos por el resultado.

Bibliografía

- » ALBECK, M. E. (2001). La Puna argentina en los períodos Medio y Tardío. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberían y A. Nielsen, pp. 347-380. Ed. Brujas, Córdoba.
- » ALLEN, C. J. (2002). *The Hold Life Has: Coca and Cultural Identity in an Andean Community*. 2nd edition. Smithsonian Institution, Washington, D.C.
- » AMBROSETTI, J. B. (1902). *Antigüedades Calchaquíes: datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy*. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. Tomos LII, LIII y LVI. Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires.
- » ANGELO, D. (2003). *La Cultura Chicha. Aproximación al Pasado Prehispánico de los Valles Sur Andinos*. Gobierno Municipal de Tupiza, Tupiza.
- » ANGIORAMA, C. I. (2011). La ocupación del espacio en la cuenca sur de Pozuelos (Jujuy, Argentina) durante épocas prehispánica y colonial. *Estudios Sociales del NOA* 11: 125-142.
- » ANGIORAMA, C. I. y M. F. BECERRA (2012). El oro de la Puna: lavaderos, socavones y mineros en el período colonial. *Arqueología de la minería aurífera del extremo norte de la Puna de Jujuy (Argentina)*. *Vestígios: Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica* 6: 47-80.
- » ÁVILA, M. F. (2009). Un universo de formas, colores y pinturas. Caracterización del estilo alfarero Yavi de la Puna Nororiental de Jujuy. *Intersecciones en Antropología* 9: 197-212.
- » ÁVILA, M. F. (2011). *El Efecto de lo Bello: Valores Estéticos y Práctica Social. El Estilo Alfarero Yavi-Chicha, siglos XI-XVI*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires. Ms.
- » AYALA, P. (1998). Apropiación y transformación de arquitectura altiplánica en el Loa Superior: la aldea de Talikuna. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. 1, pp. 793-813. Contribuciones Arqueológicas 5, Copiapó.
- » BEIERLEIN, M. (2009). La cerámica prehispánica tardía del Altiplano de Sama y su relación con las regiones vecinas: una aproximación arqueológica a la complejidad cultural de la macrorregión noroeste Argentino-Sur de Bolivia. *Estudios atacameños* 37: 51-61.
- » BENDER, B. (editora) (1993). *Landscape: Politics and Perspectives*. Berg, Oxford.
- » BRADLEY, R. 2000. *An Archaeology of Natural Places*. Routledge, London.
- » CASEY, E. (2008). Place in Landscape Archaeology: A Western Philosophical Prelude. En *Handbook of Landscape Archaeology*, editado por B. David y J. Thomas, pp. 44-51. Left Coast Press, Walnut Creek.
- » CRUZ, P. (2006). Espacios permeables y espacios peligrosos. Consideraciones acerca de *punkus* y *qaqas* en el paisaje altoandino de Potosí, Bolivia. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 11(2): 35-50.
- » DAVID, B. y J. THOMAS (editores) (2008). *Handbook of Landscape Archaeology*. Left Coast Press, Walnut Creek.
- » DEBENEDETTI, S. (1930). Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo. *Notas del Museo Etnográfico* N°1. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- » DUVIOLS, P. (1979). Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace: Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* XIX(2): 7-31.

- » ESPINOZA SORIANO, W. (1986). Los churumatas y los mitmas chichas orejones en los lindes del Collasuyo, siglos XV-XX. *Revista Histórica XXXV*: 243-298.
- » FELD, S. y K. H. BASSO (1996). *Senses of place*. School of American Research Press, Santa Fe.
- » FERNÁNDEZ, J. (1978). Los Chichas, los Lípez y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la puna limítrofe argentino-boliviana. *Estudios Atacameños* 6: 19-35.
- » GIDDENS, A. (1979). *Central Problems in Social Theory*. MacMillan, London.
- » HABER, A. F. (2007). Arqueología de uywaña. Un ensayo rizomático. En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*, editado por A. Nielsen, M.C. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez y P. Mercolli, pp. 13-36. Editorial Brujas, Córdoba.
- » INGOLD, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25: 152-174.
- » ISBELL, W. H. (1997). *Mummies and mortuary monuments: A postprocessual prehistory of Central Andean social organization*. University of Texas Press, Austin.
- » KRAPOVICKAS, P. (1965). La cultura Yavi, una nueva entidad cultural puneña. *Etnia* 2: 9-10.
- » KRAPOVICKAS, P. (1983). Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la puna (un intento de correlación entre la información arqueológica y la etnográfica). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XV*: 7-24.
- » KRAPOVICKAS, P y S. ALEKSANDROWICZ (1990). Breve visión de la cultura Yavi. *Anales de Arqueología y Etnología XLI-XLII*: 83-127.
- » KRAPOVICKAS, P Y E. M. CIGLIANO (1962). Investigaciones arqueológicas en el Río Grande de San Juan (Puna Argentina). *Anales de Arqueología y Etnología XVII-XVIII*: 71-118.
- » LECHTMAN, H. N. y A. MACFARLANE (2006). Bronce y redes de intercambio andino durante el horizonte medio: Tiwanaku y San Pedro de Atacama. En *Esféricas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 503-539. Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research, Lima.
- » LEHMANN NITSCHKE, R. (1902). Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy. *Revista del Museo de La Plata XI*: 75-120.
- » LOZANO, P. (1989 [1733]). *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- » MARTÍNEZ, G. (1983). Los dioses de los cerros en los Andes. *Journal de la Société des Américanistes LXIX*: 85-115.
- » MARTÍNEZ, J. L. (1992). Acerca de las etnicidades de la puna árida en el siglo XVI. En *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes*, editado por S. Arze, R. Barragán, L. Escobar y X. Medinaceli, pp. 35-65. Actas del II Congreso de Etnohistoria, Coroico. HISBOL – IFEA – SBU-ASUR, La Paz.
- » MARYAŃSKI, J. y A. E. NIELSEN (2015). Caza y extracción de pieles de Chinchillidae en la Puna de Jujuy (Argentina): Una aproximación arqueológica. *Archaeofauna. International Journal of Archeozoology* 24: 225-237.
- » MORALES, M., A. E. NIELSEN y R. VILLALBA (2013). First dendroarchaeological dates of prehistoric contexts in South America: chullpas in the Central Andes. *Journal of Archaeological Science* 40: 2393-2401.
- » MURRA, J. V. (1975). *Formaciones políticas y económicas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- » NIELSEN, A. E. (1997). Aproximaciones Arqueológicas y Etnohistóricas a la Diversidad Cultural Tardía en el Altiplano de Lípez. *Contribución Arqueológica Nro. 5: Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. I, pp. 95-129. Copiapó.

- » NIELSEN, A. E. (1998). Tráfico de Caravanas en el Sur de Bolivia: Observaciones Etnográficas e Implicancias Arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XX/XXIII*: 139-178.
- » NIELSEN, A. E. (2000). *Andean Caravans: An Ethnoarchaeology*. Tesis Doctoral, University of Arizona, Tucson. Ms.
- » NIELSEN, A. E. (2003a). Ocupaciones Prehispánicas de la Etapa Agropastoril en la Laguna de Vilama (Jujuy, Argentina). *Cuadernos de la UNJu* 20: 81-108.
- » NIELSEN, A. E. (2003b). Por las Rutas del Zenta: Evidencias Directas de Tráfico Prehispánico entre Humahuaca y las Yungas. En *La Mitad Verde del Mundo Andino: Estado Actual de las Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 261-283. Universidad Nacional de Jujuy, S. S. de Jujuy.
- » NIELSEN, A. E. (2006). Estudios Internodales e Interacción Interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, Método y Ejemplos de Aplicación. En *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 29-62. Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research, Lima.
- » NIELSEN, A. E. (2007). Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el Sur Andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1): 9-41.
- » NIELSEN, A. E. (2008). The materiality of ancestors: chullpas and social memory in the late prehispanic history of the South Andes. En *Memory Work: Archaeologies of Material Practices*, editado por B. Mills y W. H. Walker, pp. 207-232. School of American Research Press, Santa Fe.
- » NIELSEN, A. E., C. I. ANGIORAMA y F. AVILA (2015). Ritual as interaction with non-humans: Pre-Hispanic mountain pass shrines in the Southern Andes. En *Ritual Practice in the Andes*, editado por S. Bautista y S. Rosenfeld. University Press of Colorado, Boulder. En prensa.
- » NIELSEN, A. E., P. H. MERCOLLI y N. NASIF (2010). Ocupaciones temporarias y explotación faunística en la Región Lacustre Altoandina. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. 2, pp. 1365-1378. Valdivia.
- » NIELSEN, A.E., M. VÁZQUEZ, J.C. AVALOS y C.I. ANGIORAMA (1999). Prospecciones Arqueológicas en la Reserva "Eduardo Avaroa" (Sud Lípez, Dpto. de Potosí, Bolivia). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXIV*: 95-124.
- » PALOMEQUE, S. (2010). Los chichas y las visitas toledanas. Las tierras de los chichas de Talina (1573-1595)" *Surandino Monográfico* 1(2).
- » RAFFINO, R. A. (1988). *Poblaciones Indígenas de Argentina*. TEA, Buenos Aires.
- » RAFFINO, R. A., R. J. ALVIS, D. E. OLIVERA y J. R. PALMA (1986). La instalación inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina. En *El imperio Inka: actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos*, pp. 63-131. *Comechingonia*, Número Especial. Córdoba.
- » RAPOPORT, A. (1990). Systems of activities and systems of settings. En *Domestic Architecture and the Use of Space*, editado por S. Kent, pp. 9- 20. Cambridge University Press, Cambridge.
- » RAVIÑA, M. G., A. M. FERNÁNDEZ y A. CAPPARELLI (2007). La relación de las tarabitas, horquetas o ganchos de atalaje con el tráfico de bienes en momentos tardíos prehispánicos. *Estudios atacameños* 33: 87-104.
- » RIVET, M. C. (2013). *Estructuras chullparias, agencias y negociación de sentidos en Agua Delgada (Coranzulí, provincia de Jujuy), entre el Período Tardío y el Colonial*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires. Ms.

- » ROSSIGNOL, J. y L. WANDSNEIDER (editores) (1992). *Space, Time and Archaeological Landscapes*. Springer, New York.
- » THOMAS, J. (2012). Archaeologies of place and landscape. En *Archaeological Theory Today*, editado por I. Hodder, pp. 167-187. Polity Press, Cambridge.
- » VAN KESSEL, J. (1988). Tecnología aymara: un enfoque cultural. *Hombre y Desierto* 2: 58-88.
- » WEISSER, V. (1919-1921). *Libretas de campo*. Archivo del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, La Plata. Ms.
- » YACOBACCIO, H. D., PEREYRA, F. X., LAZZARI, M. y GLASCOCK, M. D. (2004). Quest for ancient routes: obsidian sourcing research in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31: 193-204.
- » ZANOLLI, C. (2005). *Tierra, encomienda e identidad: Omaguaca (1540-1638)*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.